

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIV - Núms. 793-794
Julio-Agosto 1997

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

«Siento en mí otras vocaciones...»

J.M.M.G.

Mn. Eudald Serra y el Foment de Pietat, propagadores de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús

Mn. Àngel Fàbrega i Grau, can.

Teresa de Lisieux, Doctora del Amor

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

Parábolas de santa Teresita (4)

Incidencia de santa Teresita del Niño Jesús en la espiritualidad dominicana

Lorenzo Galmés, O.P.

Santa Teresa del Niño Jesús, hija de santos

Ignasi Segarra Bañeres, pvre.

La raó de ser del sacerdoti ministerial és la de sobrenaturalitzar el món

Dr. Josep M^a Guix

El espíritu de cruzada y las relaciones entre Schola Cordis Iesu y Speiro

Francisco de Gomis Casas

«¡Cristo, por Ti lo hacemos! ¡Acuérdate en el día del juicio!»

José Vives Suriá

Los jesuitas mártires

José M^a Alsina Roca

La Cataluña que pelea contra Europa

Francisco Canals Vidal

La actualidad política

Jorge Soley Climent

Memoria de Mons. Guerra Campos

José M^a Montiu de Nuix

Estadísticas de muerte

Ricard-Maria Card. Carles

«Siento en mí otras vocaciones...»

Esta pasada primavera, del 9 de abril al 21 de mayo, tuvo lugar en el salón de actos de Balmesiana un ciclo de conferencias para conmemorar el centenario de la muerte de santa Teresa del Niño Jesús. Las entidades organizadoras eran el Foment de Pietat y las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa. No se trataba, por tanto, de una actividad circunstancial: ni una de tantas que se organizan en este centro; ni una más de las que otras entidades, aquí y en todo el mundo, han programado para este centenario. Mn. Eudald Serra y el padre Casanovas, S.I., inspiradores y fundadores de las citadas entidades, llegaron, por caminos trazados por la divina Providencia, a asumir una vocación singular: la de difundir, a través de la acción individual —por el consejo y la predicación—, pero, sobre todo, por el esfuerzo publicitario de Editorial Balmes, el mensaje del Amor de Cristo anunciado por la Santa. Fieles a este objetivo, han sido miles los ejemplares de las obras de santa Teresita y sobre santa Teresita publicadas en castellano y catalán. El testimonio en este número de Mn. Àngel Fàbrega, colaborador durante tantos años de Mn. Eudald, es claro y concluyente.

Schola Cordis Iesu y CRISTIANDAD se sumaron inmediatamente a esta iniciativa de las conferencias, y esta adhesión tampoco fue circunstancial. Porque, en esta vocación de difundir el «camino» de la infancia espiritual, el padre Casanovas y el padre Orlandis fueron dos almas gemelas; como lo fueron en la espiritualidad ignaciana y en la revalorización de los Ejercicios. De todo ello dan fe las páginas de esta Revista desde su fundación. Por eso, y como una contribución más al inminente centenario —que se cumple el próximo 30 de septiembre— reproducimos en este número las conferencias de Mn. Àngel Fàbrega, del P. Lorenzo Galmés y de Mn. Ignasi Segarra, además de un artículo de fray Valentí Serra de Manresa sobre «Teresa de Lisieux, Doctora del Amor».

En otro orden de cosas, el lector hallará también en estas páginas referencias a actitudes y testimonios que, por emplear una palabra de contenido profundo, llamaríamos «macabaicos». Santa Teresita escribió: «... siento en mí otras vocaciones: siento vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ejercer todas las obras más heroicas; me siento con el valor de un cruzado; quisiera morir en el campo de batalla por defender a la Iglesia». De todas, ella escogió la vocación del amor; como por amor dan su sangre los mártires; y su vida, los apóstoles, los misioneros, los cruzados...

J.M.M.G

Mn. Eudald Serra y el Foment de Pietat, propagadores de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús

Mn. Àngel Fàbrega i Grau, can.

En las conferencias anteriores distintos oradores han hablado de diferentes aspectos de la vida y del espíritu de la Santa de Lisieux. Hoy recorreremos otro camino. El Foment de Pietat, que tantos libros ha publicado y que tanto se ha esforzado en difundir este nuevo camino de perfección evangélica de la infancia espiritual, no podía callar. Y me corresponde a mí hablar porque soy director de esta obra pía y representante de sus dos instituciones filiales: Balmesiana y Cultura Religiosa.

Y de todo lo que se ha hecho en esta casa con este fin doy gracias a Dios por haberlo podido hacer. Creer que esta casa ha sido escogida por el amor providente de Nuestro Señor es la garantía más segura de su divina bendición.

Mn. Eudald Serra y el Foment de Pietat

Mn. Eudald Serra i Buixó nació en Vilassar de Dalt (Barcelona) en 1882. Desde muy joven sintió la vocación al sacerdocio, pero antes de iniciar los estudios eclesiásticos decidió estudiar la carrera de Derecho en la Universidad. Fue ordenado el año 1906, a la edad de 24 años. Gran devoto del Sagrado Corazón, quiso celebrar la primera misa al cabo de pocos días y escogió el 22 de junio porque aquel día coincidía con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. La devoción al Sagrado Corazón sería durante toda su vida el eje en torno al cual giraría su apostolado sacerdotal. Por otra parte, fue un sacerdote cultísimo, un gran maestro espiritual, de trato personal y gusto artístico exquisitos, propagador fervoroso de la espiritualidad de san Ignacio de Loyola, de san Alfonso María de Ligorio, de san Francisco de Sales y, sobre todo, de santa Teresa del Niño Jesús.

A los cuatro años de haber iniciado el ministerio sacerdotal, durante unos Ejercicios, entró en contacto con quien, a partir de entonces, sería su director espiritual, el jesuita Ignasi Casanovas. Desde aquel momento los dos sintonizaron perfectamente, sobre todo en la devoción al Sagrado Corazón y en la devoción a santa Teresita.

Pero he aquí que —la Providencia juega con nosotros sin que lo advirtamos— a Mn. Eudald, ya en su juventud le llegaron noticias de la que sería la segunda

vertiente de su vida espiritual: la devoción recomendada fervorosamente, encomiásticamente por los papas de su tiempo, los de principios del siglo xx: san Pío X, Benedicto XV y Pío XI (y más tarde Pío XII): la devoción a santa Teresa del Niño Jesús.

En una fecha incierta de su primera juventud, hacia los quince años, y mientras el Señor vigilaba para que la vocación al sacerdocio madurara en su alma, cayó en sus manos un ejemplar de un libro singular, un libro —en francés— que se estaba difundiendo rápidamente por todo el mundo y que le impresionó y le conmovió: era la autobiografía de una monja joven, sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, que había muerto pocos años antes en el Carmelo de Lisieux, el 30 de septiembre de 1897: *La historia de un alma*. Este primer encuentro de Mn. Eudald con la joven carmelita de Lisieux se convirtió en el primer pétalo de rosa de los muchos que, más tarde, santa Teresita dejaría caer en las manos de aquel joven aspirante al sacerdocio.

Este libro, editado por primera vez en 1898 y copiosamente difundido durante los primeros años del siglo xx —cuando Mn. Eudald celebró su primera misa (1906) ya se habían impreso y difundido más de doscientos mil ejemplares en lengua francesa y más de trescientos mil en otros idiomas— hizo, hace y hará tanto bien a las almas de nuestro tiempo —tanto a creyentes como a apartados, agnósticos o ateos— como la *Imitación de Cristo* hizo y hace desde que se escribió hasta hoy.

El encuentro con el padre Casanovas

Hacia pocos años que Mn. Eudald había cantado misa cuando, como hemos dicho, tomando parte en una tanda de Ejercicios Espirituales que un joven jesuita, el P. Ignasi Casanovas i Camprubí, dirigía en la Casa de Ejercicios de Sarrià, Mn. Eudald Serra se sintió profundamente conmovido por lo que decía sobre el sacerdocio aquel luminoso director de la tanda. El impacto que aquellas enseñanzas espirituales del gran maestro produjeron en el espíritu de aquel joven sacerdote fue tan profundo que él y el P. Casanovas ya no se abandonaron nunca más. Sólo el martirio del P. Casanovas, inmolado en el otoño

de 1936, les separó aquí en la tierra para siempre. Mn. Eudald acusó durante el resto de su vida la falta de apoyo espiritual que había recibido de su amigo y maestro.

De aquella compenetración mutua de pensamiento y de programa de actuación sacerdotal, sostenidos por una profunda y vívida devoción al Sagrado Corazón nació, al poco tiempo, la obra apostólica del Foment de Pietat Catalana. Esta obra había de ser el organismo eclesial preparado amorosamente por el Señor para difundir y sembrar, en nuestro país, el afán de aspirar a la santidad, el afán de un progreso espiritual, basado en la devoción al Corazón de Jesús, que tanto había promovido su amigo común, el siervo de Dios, el obispo Torras i Bages, y que estaba orientado hacia la Luz, en la escuela de santa Teresa el Niño Jesús, siguiendo el caminito de la infancia espiritual. A partir de este momento este caminito sería propagado y divulgado entre sacerdotes y seglares de maneras y por caminos misteriosos e insospechados, que nunca llegaremos a conocer aquí en la Tierra; pero siempre guiados y conducidos por la doctrina teresiana propuesta y divulgada por Mn. Eudald Serra y por el P. Ignasi Casanovas a través de la acción apostólica del Foment de Pietat.

Todo lo que, a principios del siglo xx, iba sucediendo, con extrema y desacostumbrada rapidez en la Iglesia, en torno a la figura de santa Teresita, bajo los pontificados de Benedicto XV y de Pío XI, era un toque de atención para los sacerdotes, cultos y piadosos de todo el mundo, como lo eran nuestros dos amigos: Mn. Eudald y el P. Casanovas.

En 1910, sólo 13 años después de la muerte de sor Teresa del Niño Jesús en Lisieux, se inició el proceso informativo diocesano; el 1914 el papa san Pío X firmó el decreto de introducción de la causa en la Congregación de Ritos; el 1917 se cerraba el proceso apostólico y el papa Benedicto XV dispensaba los cincuenta años que debían transcurrir desde la muerte hasta la beatificación. Entre 1920 y 1923 se hicieron las Congregaciones preparatorias y la aprobación de los milagros de la venerable Teresa de Lisieux. Todo era concurrente... Sólo faltaba que el papa Benedicto XV dijera lo que dijo al proclamar el heroísmo de las virtudes de la joven carmelita de Lisieux para que al Foment de Pietat le faltase tiempo para secundar de todo corazón aquello que el papa pedía.

En efecto, Benedito XV hizo en aquella ocasión un panegírico tan entusiasta y emotivo de la nueva venerable; hizo una exposición tan luminosa del camino de la infancia espiritual que ella había recibido el encargo divino de enseñar a todo el mundo, que todos los asistentes al acto se sintieron contagiados por aquellos mismos sentimientos de emoción, tan espontáneos y sinceros del Santo Padre. Y desde aquel instante el Foment de Pietat se dispuso a hacer todo lo necesario para secundar el

programa pontificio. Tanto más que los dos fundadores e impulsores de esta Casa estaban en plena y absoluta sintonía con él. Todo esto sucedía cuando ya se habían iniciado las obras de la nueva sede del Foment, donde ahora nos encontramos.

Peregrinación de Mn. Eudald a Lisieux

Una vez acabada la primera casa nueva del Foment (Duran i Bas, 11) e inaugurada y abierta al público su flamante Biblioteca Balmes, Mn. Eudald, que cada día vivía más intensamente la devoción a santa Teresita, creyó que, para ser más conscientes de lo que significaba vivir la espiritualidad teresiana y de esta manera difundirla más conscientemente después, sería bueno peregrinar a Lisieux. Y allí se fue. Era a mediados de junio de 1928. Hacia justamente un año que el Foment de Pietat había publicado por primera vez, traducida al catalán, la *Història d'una ànima*.

Aunque se trató de una peregrinación estrictamente personal y familiar —sólo le acompañaban su hermana Montserrat, su cuñado Enric y su compañero en las tareas editoriales Mn. Pere Ginebra i Espona— aprovecharon la ocasión para recorrer después diversos lugares de la Europa central. Pero una vez en Lisieux Mn. Eudald quiso quedarse unos días —ésta era la razón del viaje— para conocer las personas y los lugares que habían tenido una relación directa con la vida de santa Teresita: Lisieux, Les Boissonnets, Alençon, Bayeux, etc. En Lisieux visitaron el convento carmelitano y su claustro, la habitación de la Santa, la enfermería, el paseo de los castaños, etc. y, sobre todo, la iglesia —la de entonces— que servía de estuche al sepulcro de la Santa. La imagen de santa Teresita lucía ya entonces la Rosa de Oro que le había ofrecido el papa Pío XI en 1925, cuatro meses después de haberla canonizado.

Fue en aquella ocasión cuando consiguió hacer una visita distendida y mantener una conversación intensa con las tres hermanas, todavía vivas, de santa Teresita. Esta visita tuvo lugar el 24 de junio de 1928. En esta ocasión los peregrinos barceloneses obtuvieron un cuadro con la efigie de la Santa, debajo de la que la priora, la madre Inés de Jesús (hermana de la Santa) escribió en presencia de ellos su firma autógrafa; y, además, un libro encuadernado con mucho cuidado —las obras completas de santa Teresita, edición de 1923— en el que las tres hermanas pusieron su firma: la madre Inés de Jesús (Paulina), sor María del Sagrado Corazón (María, su hermana mayor y su madrina en el bautizo) y sor Genoveva de la Santa Faz (Celina). No hace falta decir que tanto el cuadro como el libro se conservan en esta casa como auténticas reliquias de Lisieux.

En 1898 se publicó la primera edición en francés de la *Historia de un alma*. Desde entonces se han difundido millones de ejemplares por todo el mundo. En 1927 en ocasión del segundo aniversario de la canonización de santa Teresita el Foment de Pietat decidió publicar íntegramente y en catalán la obra. En 1911 había sido traducida y publicada en castellano por el P. Romualdo de Santa Catalina, carmelita descalzo, y se difundió por toda España.

El Foment encargó al P. Lluís de Santa Teresa, carmelita descalzo, la traducción íntegra al catalán a partir del original francés. La obra fue editada inmediatamente, con la supervisión del Office Central de Lisieux, y se difundió por toda Cataluña. Agotada rápidamente la primera edición, se reimprimió varias veces en los años sucesivos.

Fue tan grande el impacto de la narración de aquella visita a las hermanas de la Santa y a los lugares teresianos de Lisieux entre los amigos de Mn. Eudald que promovió el entusiasmo y aumentó intensamente la devoción a santa Teresita de todos los colaboradores de la obra del Foment de Pietat. De una manera especial, esto afectó la sensibilidad del P. Casanovas. Uno de los frutos de este contagio espiritual fue el estudio profundo y exhaustivo escrito inmediatamente por el P. Ignasi Casanovas: *L'ànima de santa Teresa de Jesús Infant*, publicada por el Foment de Pietat en 1929, un año después de la peregrinación a Lisieux.

El P. Casanovas decía en el prólogo del libro que no había sido su intención escribir una vida de la Santa, que otros ya habían hecho. Con su mirada profunda de escrutador de espíritus selectos, quería acercarnos al alma de santa Teresita. «*La historia d'una ànima* —decía— es una admirable narración, espontánea e íntima, hecha a unas hermanas que querían conservar los recuerdos fraternales, pero le falta la unidad y el orden convenientes para que todo el mundo obtenga un concepto cabal y armónico de la vida de la Santa...». En 1942 esta obra fue traducida al castellano y difundida por todo el mundo hispano.

El P. Casanovas había preparado este libro con tanta ilusión, veneración y estima por la Santa que nada le dolía con tal de que todo el esfuerzo contribuyera a hacer amar más a santa Teresita. Por esto mientras escribía el libro, él y Mn. Eudald decidieron encargar a los mejores artistas de Barcelona unas láminas para ilustrarlo. El dibujante Dionís Baixeras diseñó tres grandes láminas de la Santa: a los tres años, con un crucifijo entre las manos llenas de rosas y en el lecho de muerte; el pintor Ramon Casas hizo otras tres: a los trece años, con el velo de novicia y vestida de profesa; y el maestro J. Vila Prades pintó un cuadro que representa a la Santa deshojando rosas en un jardín.

El Foment, bajo la protección de santa Teresa

El año 1930 el Foment de Pietat publicó en catalán algunas páginas de lo que en 1924 habían publicado las monjas de Lisieux, con el título de *Cartas, consells i records de santa Teresa de Jesús Infant*. Se trataba de cinco cartas a tres de sus hermanas, dos a dos primas; consejos y recuerdos de la Santa y seis oraciones compuestas por ella misma.

Al cabo de dos años, en 1932, el Foment publicó *A l'escola de santa Teresa de Jesús Infant*, que aunque era anónima todo el mundo sabía que había sido escrita por Paulina, la hermana de santa Teresita, o sea, la madre Inés de Jesús. Por eso tiene la misma autoridad para conocer el pensamiento de la Santa, que poco antes de morir le había dicho: «Madre mía, será necesario que reviséis todo lo que he escrito. Si creéis conveniente suprimir algo, o añadir lo que os he dicho de palabra, será como si lo hubiera hecho yo misma». En este libro habla la Santa y se trasluce su espíritu con toda fidelidad.

Y todavía en 1933 Ferran de Sagarra y de Siscar publicaba en el Foment su opúsculo *Missió providencial de santa Teresa de Jesús Infant*, con el subtítulo de *Pluja de roses* (ya usado por Lisieux en 1924) donde el autor propone, en 44 breves capítulos, la vida, la espiritualidad, los procesos de beatificación y canonización de la Santa y los documentos pontificos correspondientes.

Todo esto no era más que la preparación, todavía lejana, de lo que se proponían Mn. Eudald y el P. Casanovas para difundir la espiritualidad de la santita de Lisieux.

Desgraciadamente, la historia, guiada, como siempre, por la Providencia inescrutable de Dios Nuestro Señor encaminó la sociedad española y catalana de aquellos años por unos caminos distintos de los que se proponían los hombres, incluso de los hombres de Iglesia. La República, con sus leyes anticristianas, condenadas públicamente por el papa y por el episcopado español, propició la persecución sangrienta contra la Iglesia católica, que ocasionó miles de mártires en el sentido más auténtico de la palabra. El Foment de Pietat pagó también su tributo de sangre martirial ofreciendo a Dios la inmolación del propio P. Casanovas y de otros tres sacerdotes redactores y seis colaboradores, sacerdotes y seglares.

El 21 de julio de 1936, antes de dejarlo todo en manos de la Providencia, Mn. Eudald me pidió que le acompañase a la capilla para sumir las sagradas formas del sagrario. Antes de despedirnos nos arrodillamos delante de la imagen de santa Teresita, la misma que preside uno de los altares laterales, e hicimos una breve oración personal, en silencio, un minuto o dos.

En febrero de 1939, recuperada la paz, nos reencontramos y me explicó con una alegría inmensa qué había perdido en aquella plegaria del 21 de julio: había enco-

mendado el edificio de sus ilusiones, el Foment de Pietat, a la protección de santa Teresita... y santa Teresita lo había salvado del fuego y de la destrucción.

La Hermandad de la Infancia Espiritual

Después de la guerra civil, que supuso la violentísima persecución anticristiana más violenta que ha conocido España, Mn. Eudald, al encontrarse solo —el P. Casanovas había derramado la sangre *in odium fidei*— sin desmayar, confiando siempre en la voluntad amorosa y providente de Nuestro Señor, recuperó todo lo que pudo de la casa y, como muchos otros, se dispuso a reemprender el camino que los enemigos de la Fe le habían obligado a dejar. Tal como había hecho siempre, cada día, después de la misa en la capilla del Foment se sentaba en el confesionario para atender a todos los que acudían en busca de consejo, consuelo o estímulo espiritual. Simultáneamente, promocionaba la doctrina espiritual de santa Teresita en la predicación. Primero buscó la ocasión de enseñar esta doctrina en los actos vespertinos de devoción al Sagrado Corazón de Jesús que se celebraban los primeros viernes de mes en la capilla; y más tarde en los mismo actos vespertinos de los primeros sábados en honor del Corazón de María; finalmente, creando una hermandad espiritual entre los asistentes a ambos actos, que sería después aprobada por el obispo con el nombre de Hermandad de Infancia Espiritual.

Su sistema de propagar, de manera personal e individualizada, la devoción a santa Teresita creció espectacularmente cuando el Rector del Seminario de Barcelona le pidió que diera unas pláticas a los alumnos del seminario mayor y le atribuyó el cargo de confesor de los que estaban a punto de ser ordenados.

Al mismo tiempo, el Foment, por medio de su Editorial Balmes, trabajaba en la misma línea. Casi todas las pláticas que Mn. Eudald hacía a la Hermandad se publicaban con el título genérico de *Llibrets d'instrucció piadosa: per seguir el camí de la infància espiritual*.

Con el mismo espíritu que Mn. Eudald infundió a sus sermones y conferencias, colaboraron otros autores. Una obra importante, tanto por el contenido como por el estilo literario de su traductora fue el librito *Poemes de santa Teresa de Jesús Infant*, en la versión catalana que hizo la poetisa mallorquina Maria Antonia Salvà.

En esta época, y buscando una biografía de la Santa para divulgarla entre sus devotos, el Foment de Pietat halló que un dominico francés, el teólogo P. H. Petitot había publicado un volumen histórico-ascético sobre el tema titulado *Santa Teresita de Lisieux. Un renacimiento espiritual*. La obra fue publicada en 1948 por Editorial Balmes. Agotada esta edición, se hicieron otras dos.

En 1950 el Foment tuvo noticias de un nuevo estudio de la Santa de otro gran teólogo, el dominico Michel Marie Philipon, *Santa Teresa de Lisieux: un camino enteramente nuevo*. Mn. Eudald escribió al autor interesándose por el libro. Al cabo de pocos meses, en uno de sus numerosos viajes a Sudamérica, el P. Philipon llamaba a la puerta de nuestra casa para entrevistarse con Mn. Eudald. Era la hora de comer de un mediodía del mes de junio de 1951. Mn. Eudald no dudó ni un momento en recibir aquella visita tan esperada como inesperada. A partir de aquella conversación, los dos entablaron una gran amistad, que duraría toda la vida. Como consecuencia del encuentro, el P. Philipon autorizó la traducción de la obra al castellano.

«Los sabios y entendidos» de este mundo, a quienes el Señor a menudo cierra la puerta para que no comprendan aquello que hace ver claro a los «pequeños y humildes» a veces provocan, bajo la mirada vigilante de la Providencia, situaciones que aclaran o ayudan a comprender ciertos problemas que se presentan en el camino de la salvación.

En el caso de santa Teresita, hacía años que algunos teólogos y escritores de espiritualidad no encontraban el hilo conductor de los diversos documentos que formaban la famosa *Història d'una ànima*. Hasta que el Carmelo de Lisieux no publicó una edición en facsímil de todos los originales tal como salieron de las manos de la Santa. Esto hizo posible que los expertos pudiesen estudiar y valorar las enmiendas y las manipulaciones introducidas en el texto original. De esta manera salió a la luz la edición crítica de la obra, que a partir de entonces se titularía *Manuscritos autobiográficos*. Entonces si vio cuáles eran las enmiendas introducidas por la propia Teresita y cuáles eran manipulaciones debidas a las «exigencias enfermizas de la madre María de Gonzaga».

De todas formas, aunque este esfuerzo de restablecer los textos originales era muy loable, la santa Teresita de la *Història d'una ànima* era esencialmente la misma de los *Manuscrits autobiogràfics*. Pero el Foment no podía estar ausente de la polémica y en 1963 publicó en catalán, en una edición muy cuidada, los *Manuscritos*.

Mn. Eudald Serra murió en la paz del Señor el 29 de marzo de 1967, a los 85 años de edad y 61 de ministerio sacerdotal. Pero el Foment de Pietat, a través de sus dos herederas espirituales, las fundaciones Balmesiana y Cultura Religiosa, prosigue su tarea apostólica y cumple la obligación contraída y proclama la ilusión de seguir promocionando la devoción a santa Teresita y la enseñanza de su doctrina de la infancia espiritual.

Estoy seguro de que desde el cielo Mn. Eudald sigue cuidando de todos sus «hermanos de la infancia espiritual» que luchan por no abandonar el caminito enseñado por la Santa.

TERESA DE LISIEUX, DOCTORA DEL AMOR

A propósito de la universalidad del mensaje teresiano,
en el umbral del tercer milenio

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

Dentro de muy pocos días, el 30 de septiembre de este año 1997, se cumplirán exactamente cien años de la muerte de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, carmelita descalza del monasterio de Lisieux. En los últimos días de su vida, la santa afirmaba, con frecuencia, desde su lecho de la enfermería del monasterio: «**Yo no muero, entro en la Vida**», mientras esperaba contenta el encuentro definitivo con Dios-Padre. Tenía solamente 24 años y nueve meses, y estaba plenamente convencida que Dios-Padre le concedería pasar su cielo «**haciendo el bien sobre la tierra**».

Sus escritos autobiográficos, titulados sugestivamente por ella misma *Historia de un alma*, se publicaron inmediatamente, apareciendo una primera edición en el año 1898, pasado apenas solamente un año de su muerte. El éxito editorial fue rotundo, y muy pronto *Historia de un alma* se tradujo a varios idiomas, puesto que en sus páginas autobiográficas Teresa Martín propone un proyecto evangélico de vida muy sugerente y atrevido, moderno y entusiasmador. No en vano el papa san Pío X, muy acertadamente, la calificó como «la santa de los tiempos modernos». En efecto, durante el pontificado del Papa Sarto se inició ya el proceso canónico para la glorificación de Teresa de Lisieux (1914), siendo beatificada el 29 de abril de 1923 y canonizada el 17 de mayo de 1925 por el papa Pío XI, el cual la proclamaba también, solemnemente, patrona principal de todos los misioneros y misioneras «ad gentes».

Teresa de Lisieux, desde el mismo día de su muerte, ha irradiado una fuerza misteriosa que atrae y cautiva de un modo irresistible y fascinante; por lo cual su mensaje y su doctrina han conseguido una dimensión universal. Teresita en la actualidad es conocida y amada, prácticamente, por todo el orbe católico, y son muchísimos los creyentes de nuestros días que desarrollan su progreso espiritual, y vocación evangélica, siguiendo el **camino de la infancia espiritual** propuesto por la Santa, y son también muchos los sacerdotes, religiosos y religiosas que, en la actualidad, intentan revivir las actitudes espirituales de Teresita ante el misterio de Dios, sobre todo, y muy especialmente, durante este año centenario en el cual hemos sido invitados por la Iglesia a profundizar en

los valores esenciales del Evangelio, recordando las palabras más sublimes de la santa de Lisieux: **Mi vocación es el amor**. Y esta vocación de Teresita nació de su amor apasionado por Dios quien, a través de su gracia, fue forjando en el corazón de Teresita una espiritualidad fuerte y profunda, madurada en el silencio y en el crisol del sufrimiento.

El camino de sor Teresa del Niño Jesús nos muestra su gran capacidad de amar extraordinariamente, entregándose generosamente a la Iglesia, en el marco conventual del Carmelo de Lisieux, para poder salvar así muchas almas, puesto que su vocación es el amor. Sí, Teresa de Lisieux descubrió quién era su Amor total: se llamaba Jesús de Nazaret; el Jesús del Evangelio, el Hijo de Dios; el cual, en la obra escrita de Teresa de Lisieux, la cual ocupa unas 800 páginas, el nombre de Jesús aparece 1616 veces, es decir, ¡dos veces por página!; porque es la memoria viva de un corazón permanentemente enamorado.

El ambiente en que se desarrolló la vida religiosa de sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, cuando se puso a escribir sus célebres manuscritos autobiográficos, hemos de situarlo en el rudo clima de la Normandía que, conjugado con la austeridad de vida de la descalsez carmelitana, ayudaron a la santa a vivir, íntima y heroicamente, aquella unión con Dios que es el Amor, que tanto y tanto la caracterizó. ¿Y, no es precisamente, como ya hemos aludido, su vocación el Amor?, ¿no afirmó que ella sería **el Amor en el corazón de la Iglesia**?

Es precisamente en la soledad del silencio, en ambiente claustral y contemplativo, y por qué no decirlo, en el marco de la clausura papal más estricta, donde tienen lugar las más altas y profundas grandezas del espíritu experimentadas por Teresa de Lisieux y otras muchas almas contemplativas. Pero, desgraciadamente, en nuestro ambiente contemporáneo se ha despreciado la clausura material y se ha fomentado hacia Teresa de Lisieux una devoción ligera y superficial, acaramelada y llena de desviaciones. De ello se quejó ya el papa Pío XI cuando afirmó que la simplicidad de la santa «de infantil solamente tiene el nombre», porque santa Teresa de Lisieux es portadora de una doctrina que, todavía, no ha mani-

festado su transparente profundidad tal como, repetidas veces, lo había afirmado el cardenal Jubany de feliz memoria. En efecto, santa Teresa del Niño Jesús expresó sus experiencias religiosas con una sencillez asombrosa. Sin escribir ningún tratado de espiritualidad, sin componer ningún sistema teológico, está a punto de ser declarada doctora de la Iglesia; sin embargo, sus escritos y su doctrina están muy bien trabados, como si se tratara de una pieza única. Además, el ejemplo vivo de sus virtudes heroicas, practicadas con enorme sencillez en las condiciones ordinarias de una vida sin relieve, constituyen un poderoso estímulo para todos aquellos que se propongan caminar por la ruta de la santidad. Escribe la Santa con gran convencimiento: **«Ni un solo libro, ni teología alguna me han instruido y, sin embargo, en el fondo de mi corazón, sé que estoy en la verdad»**.

A partir de la noche de Navidad de 1886, torrentes de luz inundaron el corazón de Teresa, la gracia de Dios la hizo fuerte y valiente, y así se lanzó a una heroica carrera de gigante. A partir de su «conversión» al amor, en adelante solamente el amor llenará su vida, y su vivencia le será exigencia indispensable para poder cumplir adecuadamente los designios de Dios. De hecho, santa Teresita jamás negó nada a Jesús, una afirmación que muy pocos santos podrían suscribir. En esta noche de Navidad Teresa tuvo la experiencia dolorosa de su fragilidad afectiva, de su sufrimiento interior y de su impotencia. Por esto, ya entonces, le fue posible descubrir lo que sería tiempo después la doctrina del «caminito» de la infancia espiritual. Muchos teresianistas se han fijado en el esfuerzo que aquella noche de Navidad hizo Teresa Martin cuando, «ahogando las lágrimas, bajó rápidamente la escalera y, sosegando los latidos de su corazón, cogió los zapatos, los puso delante de su papá y fue sacando gozosamente todos los regalos con aires de reina complacida. ¡Teresita había reencontrado la fuerza de su alma! Realmente aquel esfuerzo fue muy grande; ella misma lo recordó pocas semanas antes de morir, se acordó del «acto de valor que realizó aquella noche de Navidad», de tal manera que le vino a la memoria la alabanza tributada a Judit: **«has obrado varonilmente, y tu corazón se ha fortalecido»**.

Tal como dijo el papa Juan Pablo II en Lisieux, en su primera visita, el Espíritu de Dios permitió al corazón de Teresita revelar directamente al mundo moderno el misterio fundamental del Evangelio: el don que significa ser hijos de Dios. La revelación hecha por Teresa fue maravillosa e insospechada. Verdaderamente, tal como magistralmente afirmó Pío XI desde su magisterio pontificio, Dios se complació en dotar a sor Teresa del Niño Jesús de un don de sabiduría absolutamente excepcional; y añade, su vida fue **«como una cátedra, desde la cual predicó la santidad a todo el mundo»**, y la predi-

có muy elocuentemente aquella joven carmelita que quería comparecer, humildemente, ante Dios con **las manos vacías**.

El camino espiritual propuesto por sor Teresa del Niño Jesús conduce el corazón humano a la confianza ciega y al abandono total en la misericordia de Dios; puesto que debe permanecer siempre vivo en el corazón el convencimiento de la pequeñez y pobreza de la criatura humana. El camino de Teresa de Lisieux, como ruta de santificación, puede calificarse acertadamente de «caminito» por diversos conceptos. En primer lugar, porque no corresponde a la criatura humana el engrandecerse por su propio esfuerzo, sino permanecer en la pobreza y perseverar en la fidelidad al amor de Dios en la vida de cada día. En segundo lugar, el camino de Teresita no exige de por sí gracias extraordinarias, como lo fueron las de los grandes santos, pero sí que supone el esfuerzo; el ascensor divino (que para Teresita son los brazos de Jesús) evita el fracaso, pero no dispensa en modo alguno del esfuerzo. Muy pronto la santa descubrió que **«cuanto más se adelanta, más lejos se cree uno del término»**.

El rasgo más relevante de la vida de la Santa y el secreto de la universalidad de su mensaje están ahí, precisamente en la evolución y progreso espiritual de Teresa Martin hasta la santidad en las condiciones ordinarias de la vida. Puede decirse, pues, que el mensaje de Teresita es universal, porque es plena y esencialmente evangélico; su caminito es el sendero del amor según el Evangelio; un amor que nos invita a seguir a Cristo sin vacilaciones, sin indecisiones, lejos de toda mediocridad. Es el camino de la confianza y del total abandono. A propósito del camino teresiano afirmó Pío XI en 1925, después de la canonización de la Santa, a los peregrinos franceses: «Teresa de Lisieux es un ejemplo de santidad que todo el mundo puede y debe seguir; porque todo el mundo debe entrar en este caminito».

Ante la urgencia de una nueva evangelización, «tercio millennio adveniente», Teresa de Lisieux nos ofrece el ejemplo de su doctrina, manifestada a través de sus experiencias personales, que la convierten, en palabras del cardenal Jubany, en una auténtica **«doctora del amor»**. Ella misma había dicho: «a pesar de mi pequeñez quisiera iluminar a las almas, como los profetas y doctores». Por eso, poco antes de morir, hizo este pronóstico: «presiento sobre todo que mi misión va a empezar: la misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar a las almas mi caminito».

Teresa de Lisieux entiende su «caminito» como algo novedoso. Y, de hecho, no existe ningún impedimento dogmático para que en un determinado momento de la historia el Espíritu Santo revele a la Iglesia algo que se halla oculto en el Evangelio. «El Espíritu os conducirá a la verdad completa», afirmó Jesús y, en la vida y expe-

riencia espiritual de Teresita algunos aspectos de la verdad de Jesús alcanzaron su plenitud. Es cierto que muchos elementos constitutivos del **caminito** de sor Teresa del Niño Jesús ya se vivían en la Iglesia: la gratuidad de la Gracia, la paternidad de Dios, la pequeñez de la criatura humana, etc. Pero la elaboración de todas estas realidades formando un cuerpo de pensamiento, una espiritualidad «específica», constituyen indiscutiblemente una gran unidad en sor Teresita, en la vida de la cual irrumpe una nueva forma de ser cristiano o de alcanzar la santidad.

Estamos ante las puertas del tercer milenio; Juan Pablo II lo recuerda con frecuencia: «Tertio millennio adveniente». Frente al tercer milenio, ¿qué significa Teresa de Lisieux? Ante todo, la celebración del centenario de su muerte es una invitación, un reclamo, a lo evangélico, a la sencillez de las formas, a recuperar la vida religiosa contemplativa como experiencia de lo sencillo. El estilo de Teresita es un ejemplo elocuente para las almas contemplativas: enamorada de Jesús, ajena a todo boato, fértil más con el silencio que con la palabra, todo puro servicio y amor. Sí, en efecto, la confianza de Teresa en el Evangelio, en la fuerza poderosa de la Palabra que habla personalmente a cada corazón, invitándolo a las formas sencillas y a la confianza, nos revela que el Santo Evangelio ha de ser el libro inspirador de todas nuestras actuaciones.

El mensaje de Teresa de Lisieux es un clamor a que la vida religiosa contemplativa retorne a lo esencial; es decir, a experimentar y a vivir la presencia de Jesús en el marco favorable de la clausura material y en el clima de silencio sugerido por la clausura del corazón, para después, a partir de ahí, poder ensanchar, desde la intercepción contemplativa, el campo de la Iglesia. Teresita fue misionera desde el silencio, porque el amor rompe las distancias y derriba los muros; tal como dice «El Cantar de los Cantares». Sin amor, sin enamoramiento, la consagración religiosa no tiene ningún sentido; y la búsqueda del amor fue siempre muy esencial en la experiencia contemplativa de Teresa de Lisieux, como ha de serlo también en la nuestra.

En el umbral del tercer milenio Teresa de Lisieux, acertadamente calificada por el Magisterio pontificio como «la santa de los tiempos modernos», la santa del tercer milenio, emerge como un luminoso y potente foco de evangelio; como un poderoso reclamo para los creyentes de todas las condiciones; como una exigencia de humildad, de sencillez de formas, de espiritualidad evangélica para poder recrear en las personas y en las instituciones el rostro de Jesús.

Es extraordinariamente consolador poder comprobar cómo Teresa de Lisieux reduce admirablemente la santidad a sus elementos más esenciales: al hecho tan senci-

llo que, para ser santo, basta conformar la vida al Evangelio. Y si esta experiencia de santidad se realiza con espíritu de fe y de atención a lo sobrenatural, la vida cotidiana del creyente se transfigura sin que por eso pierda sus alegrías, penas, fastidios y pesadumbres inevitables. Y en este sentido, la vida de Teresita podemos cualificarla de una existencia teológica, su figura actúa en nosotros como un enriquecimiento de doctrina evangélica en torno a rasgos muy poco observados hasta ahora. Y aquí radica, precisamente, el atractivo de la Santa de Lisieux. Teresa es lo que es porque, como san Francisco, es una copia viva del Evangelio. Tras su palabra sencilla se esconde un conocimiento carismático de la Sagrada Escritura. Sí, una vez más, en santa Teresa del Niño Jesús, Dios ha confundido a los soberbios al ofrecernos su experiencia espiritual. En la vida de sor Teresa vemos lo que el Evangelio puede hacer en un corazón sencillo que lo ha acogido y adoptado como único principio de vida.

El Amor, objeto central de la fe de Teresa, presenta en ella un carácter muy particular, profundamente evangélico: es el Amor Misericordioso. Dios nos ama, no sólo gratuitamente sin mérito alguno por nuestra parte, sino que nos ama a nosotros, pobres y miserables criaturas, muy a pesar de nuestra miseria, o más exactamente, a causa precisamente de nuestra extrema miseria. En este sentido, la renuncia en la espiritualidad de santa Teresita es una consecuencia del Amor; del Amor en su punto de partida, del amor en su marcha progresiva hacia la perfección. Renunciarse es amar a Dios que atrae nuestros corazones con una fuerza irresistible. Tal era la renuncia en la vida de sor Teresa del Niño Jesús, una disposición interna, un control de sus deseos y sentimientos, un control de los recuerdos y de la imaginación. Un verdadero filón de pequeños sacrificios que en su mayoría pasaron desapercibidos, y que solamente los conocía Dios, que ve en el secreto. La fuerza de Teresita estriba, pues, en su profunda actitud interior estructurada a partir del propio olvido y de la orientación exclusiva hacia Dios. En este sentido debemos recordar que la paciencia fue un factor importantísimo en su perfección y progreso espiritual. Su humildad, su confianza y su amor se fueron perfeccionando progresivamente a través de la práctica de la paciencia y, de este modo, Teresa se amoldó perfectamente al plan de Dios.

Si nos aproximamos a los escritos autobiográficos de la Santa, descubrimos cómo Teresita, en cada sufrimiento, acrecienta su fe en el Amor paternal de Dios. Su fe en ese Amor (¡sólo el Amor es digno de fe!, escribió sugestivamente Urs von Balthasar) es tan firme y tan sencilla, que aún las pruebas más duras y penosas las considera como expresión del Amor. Todo sufrimiento, en la experiencia espiritual y humana de Teresa de Lisieux, viene a ser como un mensajero del Amor de Dios, porque es

manifestación de la voluntad divina, es decir, del Amor. Por eso, Teresa de Lisieux, por un especialísimo instinto sobrenatural, fue eliminando progresivamente de su vida el artificio, la complicación y la multiplicidad. En la vida y actitudes de nuestra Santa no hay nada de amaneramiento ni de afectación. Todo lo artificioso le repugna. Tampoco hubo complicación en el camino y progreso espiritual de la Santa; escribe ella misma: «**a las almas sencillas como la mía, les estorban las complicaciones**». Por instinto le repugnaba multiplicar sus prácticas. Escribe: «**la santidad no está en tal o cual práctica; consiste más bien en una disposición del corazón que nos hace humildes y manejables en manos de Dios**». Debemos disipar, ya de una vez, el equívoco, la caricatura amañada de una Teresita fácil y azucarada. Esta figura es falsa y desfigurada. No es histórica ni evangélica una tal espiritualidad a «modo de golosina espiri-

tual», pues no existe la santidad sin heroísmo, y mucho menos en una santidad, tan excepcional, como la de Teresa de Lisieux. En efecto, su conocimiento profundo del Misterio de Dios-Padre despertó en ella una confianza filial ilimitada. Para atraer la misericordia de Dios no hay otro camino que el de san Francisco y el de santa Teresita, presentarse ante Él **con las manos vacías**. Vacías del todo, particularmente de uno mismo. Escribe la Santa: «**Sólo hay un medio para obligar a Dios a que no nos juzgue con rigor; y este medio es presentarse delante de Él con las manos vacías**». Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, elocuente «**doctora del Amor**», ante los umbrales del tercer milenio nos sigue ofreciendo su presencia intercesora y su doctrina; la extraordinaria doctrina de la infancia espiritual, aquella que refleja perfectamente la invitación evangélica de «**renacer de lo alto**», y «**hacerse como niños**».

PARÁBOLAS DE SANTA TERESITA (4)

Mi vocación: el amor lo es todo

Ser vuestra esposa, Jesús mío, ser carmelita, y por mi unión con Vos, la Madre de las almas, todo esto debería bastarme. Sin embargo, siento en mí otras vocaciones: siento vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Quisiera ejercer todas las obras más heroicas; me siento con el valor de un cruzado; quisiera morir en un campo de batalla por defender a la Iglesia.

[...]

Como estas aspiraciones venían a ser un verdadero martirio, abrí un día las Epístolas de san Pablo para buscar remedio a mi tormento. Ofreciéronseme a la vista los capítulos 12 y 13 de la epístola primera a los Corintios. Leí en ellos que todos no pueden ser a un tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo la mano.

La respuesta era muy clara, pero no colmaba mis deseos, ni me infundía paz. *Descendiendo entonces hasta las profundidades de mi nada, me elevé tan alto, que pude lograr mi deseo*. Continuando mi lectura sin desanimarme hallé este consejo que me consoló: *Buscad con ardor los dones más perfectos; pero todavía os mostraré un camino más excelente*.

Explica el Apóstol cómo todos los dones más perfec-

tos, nada son sin el *Amor*; que la Caridad es el camino más excelente para conducirnos seguramente a Dios. ¡Por fin, había encontrado el descanso!

Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo, o por mejor decir, quería reconocirme en todos. La Caridad me dio la clave de *mi vocación*. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos los órganos; comprendí que tenía *un corazón*, y que este corazón estaba abrasado de amor; comprendí que el amor únicamente es el que imprime movimiento a todos los miembros, que si el amor llegase a apagarse, ya no anunciarían los apóstoles el Evangelio, y renunciarían los mártires a derramar su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es **todo**, que abarca todos los tiempos y lugares, porque es eterno.

Y exclamé en un transporte de alegría delirante: —¡Oh Jesús, Amor mío, al fin he hallado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor! Sí, hallé el lugar que me corresponde en el seno de la Iglesia, lugar, ¡oh, Dios mío!, que me habéis señalado Vos mismo: en el corazón de mi Madre la Iglesia, *seré el amor*... Así lo seré **todo**; así se realizarán mis ensueños.

(Manuscrito a la M. María del Sagrado Corazón)

Incidencia de santa Teresita del Niño Jesús en la espiritualidad dominicana

Lorenzo Galmés, O.P.

El estudio de la incidencia de santa Teresa del Niño Jesús, tanto en particular como expresión de la espiritualidad carmelitana, en nuestro tiempo, da mucho más de sí de lo que presta el espacio concedido a una conferencia, y aun a la amplitud que permitiría un libro. Consciente pues de las limitaciones que nos condicionan, aprovecharé la ocasión que me brinda la ilustre institución del Foment de Pietat, para abrir una cala en el tema propuesto, a base de presentar su aspecto teológico, en su doble vertiente teórica y práctica, es decir, en la línea del pensamiento, a nivel de principios, y en la de la acción, o dicho en otras palabras, en la de la encarnación en la vida de las personas.

En la línea de los principios, formando parte de la teología espiritual o teología mística, tenemos dos grandes caminos que recorrer. Por una parte, el de la escuela francesa a través de los PP. Philipon y Petitot y, por otra, el P. Arintero en España, magníficos expositores de la espiritualidad de la carmelita de Lisieux, siguiendo los principios de la doctrina espiritual de santo Tomás, incrustada en un cuerpo doctrinal que no necesita recomendación. En España tenemos la máxima autoridad en teología mística del P. Arintero, que presenta la espiritualidad de santa Teresita como un fruto de la vitalidad de la Iglesia a través de la vida mística. Ahora bien, de poco serviría la gran teología, si no fuese secundada por su correspondiente encarnación en la vida de las personas. Y en este aspecto, podemos presentar dos casos que lo corroboran: una monja de clausura, de Daroca, sor Teresita del Niño Jesús, cuyo proceso de canonización está ya a la espera del veredicto de la Iglesia; y una religiosa de vida activa, la hermana Cecilia Larumbe, dominica de la Enseñanza.

El padre Arintero

Entre los lectores de lengua hispánica debe mencionarse la acción del Maestro fray Juan González Arintero (1860-1928), sin duda alguna uno de los mejores escritores de teología espiritual en nuestros tiempos. Es el representante de la teoría del llamamiento universal a la contemplación. Profeso en el Orden de Predicadores desde 1875, fue ordenado sacerdote en 1883. Cursó la carrera de Ciencias físico-químicas en la Universidad de Salamanca.

Después de una etapa de profesor e investigador en la

rama de ciencias, especialmente en el tema del evolucionismo, que le entusiasmaba, fue nombrado profesor de apologetica en Salamanca y Valladolid, donde concibió el proyecto de una gran obra eclesiológica *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, cuyo volumen *Evolución mística* ha hecho escuela, granjeando una gran fama al autor. En 1909 fue profesor de *De Ecclesia* en el Angelicum de Roma. Allí trató y recibió la influencia del P. Garrigou-Lagrange, renombrado escritor de vida espiritual, dando pie a un importante intercambio epistolar altamente representativo. Los últimos años de su vida fue profesor de Sagrada Escritura, pero sobre todo entregado a una intensa labor de dirección espiritual y conferencias sobre temas de vida mística, hasta el fin de su vida.

En 1921 fundó el P. Arintero la revista *La vida sobrenatural*, cuyo título dice inequívocamente su contenido. Ya en 1922 y 1923 algunos escritores dominicos se hicieron eco de la fuerte personalidad de Teresita de Lisieux, cara a su canonización. En 1925 el mismo P. Arintero escribió un jugoso artículo en la revista, que causó sensación y fue publicado después en forma de folleto ampliado, que conoció dos ediciones (1927).

Conviene recordar que cuarenta años antes de que el P. Philipon escribiese su obra magistral, el P. Arintero había escrito en el folleto mencionado: «Queremos, pues, presentar a santa Teresita bajo un aspecto nuevo, mostrando cuál fue en todo el curso de su preciosa vida el influjo de los dones del Espíritu Santo, y lo que en ella obraron, y lo que también podrían obrar en cada uno de nosotros, si de veras aspiráramos, como ella, a ser a toda costa santos».

El experimentado director de almas que fue el P. Arintero pudo reconstruir a través de los varios escritos de santa Teresita, el itinerario espiritual de la misma, el recorrido gradual de las grandes etapas que caracterizan la vida mística, genialmente expuestas por san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, que el P. Arintero conocía como pocos han llegado a conocer, tanto en la teoría como en sus implicaciones prácticas. El P. Arintero estaba especialmente capacitado para comprender el alma de santa Teresita del Niño Jesús: su preparación tomista le aseguraba una base de teología de primera calidad; su entusiasmo y conocimiento de la espiritualidad carmelitana le garantizaba que su incursión en el Carmelo de Lisieux iba a ser muy provechosa.

El análisis que hace de la *petite voie* de Teresita, con sus referencias a escritores más antiguos, se enriqueció con una aportación de la mejor tradición teológica. Merece ser tenida en cuenta.

Para el P. Arinterro, santa Teresita es una muestra extraordinaria de la fuerza y vitalidad de la Iglesia en los últimos tiempos, y una llamada a los cristianos en la actualidad. Nace de la Iglesia, vive el misterio de la Iglesia, y muere como un acto de servicio a la Iglesia en su misión apostólica.

Podemos dar por seguro que los teólogos dominicos que profundizaron en la espiritualidad de santa Teresita, lo hicieron a través de la vida donal, ya que todo aspecto heroico de virtudes cristianas se realiza bajo la especial acción de los dones del Espíritu. Los escritos espontáneos, lejos de cualquier implicación escolástica, expresan una vida y unas experiencias, de las que los maestros en vida espiritual sacaron la teología que anidaba en ellas.

El P. Petitot salió al encuentro de los que aplicaban al hecho de santa Teresita una burda escuela racionalista, en la línea volteriana, de Anatole France o del mismo Renan. Contesta a los que consideraban pasajero el entusiasmo por la Santa; a quienes interpretaban el retrato de la misma; a los que consideraban sus escritos copia pueril de la de Ávila; a quienes lo atribuían a propaganda ficticia; y la presenta como nuevo modelo de santidad, a base de ausencia de ascética violenta, ausencia de métodos discursivos, ausencia de fenómenos místicos extraordinarios, ausencia de obras externas. Todo se llevó a cabo bajo la acción de los dones del Espíritu Santo en la vida contemplativo y de estricta clausura.

El padre Marie-Michel Philippon (1898-1972)

Nació en Pau el 21 de mayo, en el seno de una familia profundamente cristiana. Ingresó en la Orden a los 22 años, poco después de la primera guerra mundial. Hizo el noviciado en San Maximino profesando temporalmente el 1 de enero de 1921. El 1 de octubre de 1924 emitió sus votos solemnes. Después de cursar los estudios eclesiales, fue ordenado sacerdote el 25 de marzo de 1926.

Desde 1928 hasta 1936 fue profesor de filosofía, y desde 1936 hasta 1957 fue profesor de teología dogmática. Trasladado el Estudio General a Toulouse, siguió regentando la clase de Dogma hasta 1963, y al mismo tiempo alternaba con cursos en el Angelicum de Roma, entregado especialmente al estudio de temas de teología espiritual. En 1947 escribió su obra más conocida *Sainte Thérèse de Lisieux; une voie toute nouvelle*, que había sido precedida el año anterior con su obrita *Le message de Thérèse de Lisieux*, ambas traducidas al español y publicadas por Editorial Balmes.

En 1963 fue asignado al convento de Burdeos, siendo

experto del Vaticano II, ampliando su horizonte en plan de conferenciante, sobre todo en América del Sur, México y Canadá. En México estudió el caso de doña Conchita Cabrera de Armida, madre de nueve hijos, último trabajo que había emprendido con especial empeño, que iba a ofrecer como homenaje a la Virgen de Guadalupe. El 20 de marzo de 1972 tuvo una hemorragia cerebral que le dejó imposibilitado y sin esperanza de recuperación. Recibió con grandes muestras de devoción los últimos sacramentos.

Religioso de mucha actividad, sencillo, feliz de poder trabajar en el contexto de las dificultades de la Iglesia en los tiempos modernos, era amigo de comentar los problemas y pedir sugerencias para exponer en sus intervenciones públicas. Santamente orgulloso de ser hijo de Santo Domingo, era un elemento de especial estima en la vida comunitaria. Las dificultades le estimulaban. Su preclara inteligencia le hizo ver la novedad que suponía el camino iniciado por Teresita de Lisieux, supo analizarlo desde la profundidad de sus conocimientos teológicos. A través de sus escritos, muchos han descubierto la riqueza y profundidad del mensaje de santidad esbozado por Teresa de Lisieux.

El P. Philippon había publicado en 1946 un librito sobre la acción de los dones del Espíritu Santo en santa Teresita. Ante el éxito y lo que significó para dar a conocer y explicar su espiritualidad, amplió su estudio en lo que de alguna manera podemos estimar como su obra clave, la que aglutinó los diversos aspectos de profundidad teológica de la Santa, que él llama «gigante».

El ilustre teólogo parte del principio de que los santos han de ser estudiados, no tanto en el aspecto meramente descriptivo, cuanto en lo que significa saber captar la mirada de Dios en la mirada de los santos. Y con alto visión teológica lo aplica a Teresa de Lisieux.

La mirada del teólogo, bien informado por los escritos de la Santa y declaraciones del proceso diocesano y de personas que la conocieron, da un gran valor a la exposición que hace partiendo de los principios de la teología espiritual. Su consecuencia principal es que nos hallamos ante un camino totalmente nuevo, que inaugura una nueva era de espiritualidad cristiana y de camino de santificación personal.

La interpretación que hace el P. Philippon de la vida y obra de la Santa cuenta con la aprobación de dos hermanas de la misma y responde al deseo de muchas personas de tener a mano una síntesis de la espiritualidad de santa Teresa de Lisieux. El Padre lo ha conseguido desentrañando minuciosamente los escritos de la Santa. El texto ladea la parte meramente descriptiva, siempre de menor importancia, para hacer fuerza en la parte de pura teología mística. No descuida el ambiente familiar de Teresita, que tanto le ayudó en su camino hacia la santidad.

La gran misión de la Santa de hacer sencilla la santi-

dad, todo un carisma personal, penetró en el cauce de la popularidad, en parte, gracias a la sólida formación teológica y agudeza psicológica del P. Philipon, que supo calibrar la riqueza espiritual de un alma contemplativa, aislada, cuya irradiación desbordó todas las predicciones que pudieron hacerse a raíz de su muerte.

Escribe el P. Philipon: «Hemos podido consultar y meditar a placer, durante cerca de diez años, los testimonios del proceso de canonización y numerosos documentos inéditos del Carmelo de Lisieux. Hemos avanzado lentamente en este estudio, recurriendo sin cesar a los documentos auténticos de la Iglesia y al testimonio viviente de sus tres hermanas; la Reverenda Madre Inés de Jesús, y la Hermana Sor Genoveva de la Santa Faz, proponiendo nuestras conclusiones a su juicio, capítulo por capítulo, interrogando, discutiendo, tratando de fijar en su verdad histórica y en su verdadera interpretación teológica, las palabras, los escritos, los hechos y los gestos de Santa Teresa del Niño Jesús». (Lisieux, 30 de septiembre de 1946)

El 30 diciembre de 1943, las hermanas de la santa Sor Inés y sor Genoveva dijeron al P. Philipon: «Rogamos a nuestra hermanita, que tan bien le hace comprender "su caminito" que le ayude a conducir por él a un gran número de almas». (Cita de *El mensaje de Teresa de Lisieux*, Edit. Balmes, pág. 12-13)

M. Teresita del Niño Jesús, O.P.

Navarra, nacida el 2 mayo de 1904 en Eslava, siendo la menor de los cinco hijos de Gumersindo Pérez de Iriarte y Magdalena Casado Lecumberri, siendo bautizada con el nombre de Felisa. Familia de profundo sentido cristiano, tuvo que trasladarse poco después a Tafalla buscando un trabajo adecuado para su mantenimiento. Allí se desarrolló la juventud de Felisa. En enero de 1925 ingresó en el Monasterio de Nuestra Señora del Rosario de Daroca, en calidad de cantora, pues como de familia pobre, no podía hacer frente a la dote que entonces se pedía. En Daroca se hizo proverbial su actividad, y la perfección y abnegación con que cumplía los oficios que se le encomendaron. Veinte años fue secretaria de la M. Priora, veinte procuradora, portera dieciocho, y catorce tornera. Como se puede ver, tuvo varios oficios al mismo tiempo, y oficios de mucho compromiso.

En enero de 1953 fue enviada en calidad de priora al Monasterio de Madre de Dios de Olmedo, que pasaba por una etapa difícil. Le acompañaron dos monjas de Daroca. Realizó una labor en poco tiempo que puede ser considerado excepcional. Después de largas y serias pruebas, atacada de un cáncer que le causó indecibles tormentos y que tuvo oculto mientras pudo, murió santamente el 14 octubre de 1954. Su proceso de canonización espera el veredicto de la Iglesia.

El entusiasmo de la Sierva de Dios para con la Santa de Lisieux es evidente desde el momento en que tomó su nombre al profesar en religión, y ante el hecho de que el único libro que llevó al monasterio fue la *Historia de un alma*. Pero los únicos escritos que de ella poseemos son sus cartas y algunas dedicaciones piadosas. No obstante, su alusiones a la Santa era frecuentes. Y podemos asegurar que su espiritualidad sacerdotal era idéntica, lo mismo que el del caminito espiritual.

Igualmente recalca el sentido victimal de Teresa de Lisieux, al que aludió repetidas veces sor Teresita del Niño Jesús, O.P., y que ratifican sus directores espirituales.

H. Cecilia Larumbe

Nació el 13 de junio de 1906 en Artica (Navarra), siendo bautizada con los nombres de Antonia-Joaquina. Era hija de Miguel Larumbe y Tomasa Ariz. Tuvieron siete hijos, varios de los cuales murieron siendo muy pequeños. Antonia quedó huérfana de madre a los cinco años. Una de sus hermanas fue monja dominica de clausura en Tudela de Navarra. A los 22 años Antonia-Joaquina ingresó en la Congregación de Dominicas de la Enseñanza, de Pamplona, conocidas como de Jarauta por el nombre de la calle. Desde antes de ingresar había tenido un director espiritual que le hizo leer las obras de san Juan de la Cruz. Al profesar en religión tomó el nombre de Cecilia. Murió el 10 de julio de 1992, a los 86 años de edad.

Mujer de intensa vida espiritual, dejó importantes escritos en los que se evidencia su identificación con el espíritu de Teresa de Lisieux. El título es ya expresivo: *Desarrollo del don de oración en las almas pequeñas: sus grados de unión y transformación en Cristo*. Ella misma lo dice: «Los días pasados me sentí fuertemente impulsada a escribir un librito, que trate del don de oración en las almas pequeñitas». Y al final de su vida, aun escribió su testamento: «Mi despedida de la tierra», donde leemos: «Me parece que no es propio de los pequeños hacer testamento porque nada son y nada poseen pero precisamente, como que por su pequeñez entra en ellos el Todo de Dios, creo que son los que en Él más pueden dar».

Y al final de su testamento pudo escribir: «En mis escritos he deseado dejaros todo lo que Dios me ha dado. Desde el cielo seguiré haciéndoos bien. Desde allí os podré dar más. Adios, vivid en el amor».

En un momento dado, escribió: «Cuando recibí la gracia cómo Él perfecciona a los pequeños que a Él se entregan, me pareció que todos los cristianos adoptados por hijos de Dios en el bautismo, fuimos hechos ya desde entonces, fuimos hechos casa suya, porque el Padre debe vivir con sus hijos y así toda la adorable Trinidad puso en ella su morada».

Santa Teresa del Niño Jesús, hija de santos

Ignasi Segarra Bañeres, pvre.

El matrimonio, escuela de santidad

Un pintor francés recibió del papa Pío IX el encargo de hacer un gran cuadro dedicado a la exaltación de la Santísima Virgen; probablemente con motivo de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. La pintura debía representarla en la gloria, entronizada por las Tres Divinas Personas y rodeada de ángeles y santos. Al presentar el artista el diseño, Pío IX lo examinó atentamente y comentó: «Bien... ¡pero no veo a san José!». El pintor se excusó y replicó que lo pondría en sitio destacado entre los grupos de santos, sobre las nubes del cielo. Entonces el Papa, señalando con el dedo a Jesucristo y a la Virgen, repuso de modo categórico: «¡No, nada de eso! Es allá, a la vera de Jesús y de su Madre, y únicamente allá, donde debéis colocar a San José». El mismo papa Pío IX declaró en 1870 a san José Patrono de la Iglesia Universal y se asoció a la idea de la construcción del templo expiatorio de la Sagrada Familia de Barcelona, que había surgido de la Asociación Josefina de España.

¿Por qué empiezo esta charla con una anécdota sobre el Santo Patriarca? Pues porque, como bien dijo el profesor Francisco Canals en sus vibrantes y brillantes conferencias, dadas aquí en Balmesiana, sobre el origen de la devoción a la Sagrada Familia en general y a san José en particular, en ésta se da un desarrollo claro, un progreso real de la piedad cristiana a lo largo de los siglos. En sus comienzos la Iglesia tuvo que defender la divinidad de Jesucristo y prestó poca atención a su vida de Infancia, a su familia, a sus padres: la Virgen María y san José. El progreso de la piedad llevó posteriormente a considerar el misterio de Jesús Niño, el de su Madre y el de su padre nutricio. Primero fue, lógicamente, la devoción a la Virgen María desde que el Concilio de Efeso en 431 definió la Maternidad divina y luego, muchos siglos después, a san José. Este progreso también lo vemos en la vida de algunos santos que, devotos de la Virgen, van integrando a san José, poco a poco, en su devoción mariana. Es el caso de santa Teresita, que nos dice que su piedad hacia san José « se confundía», era como una sola cosa con la piedad mariana. Y también el de otras personas santas de nuestro tiempo, entre las cuales por justicia debo referirme al beato Josemaría Escrivá de Balaguer, que quiso unir sus dos nombres José y María, en uno solo. El beato Josemaría Escrivá, en su vida de

piedad personal siguió el camino de infancia de santa Teresita.

Pues bien, hoy nos toca hablar de otro progreso semejante, guardando por supuesto las distancias, que se da en el caso de la devoción a santa Teresa del Niño Jesús. Ella es un astro fulgurante de la Iglesia contemporánea —san Pío X la llamó: «la santa más grande de los tiempos modernos»— que ha iluminado el camino del Pueblo de Dios con la espiritualidad de su camino de infancia espiritual y sus escritos, que esperamos le valgan pronto la declaración de Doctora de la Iglesia. El impacto causado por la publicación de la *Historia de un alma*, al año de la muerte de Teresita, con una tirada de 2000 ejemplares; sus múltiples ediciones y traducciones en todos los países; la publicación entre 1910 y 1925 de siete volúmenes de «Lluvia de rosas», relatando hechos increíbles de curaciones, apariciones y conversiones descritas por los mismos beneficiarios del mundo entero; su beatificación en 1923 y la canonización dos años después, el 17 de mayo, con la asistencia en Roma de 500.000 peregrinos; el número de santos y beatos contemporáneos profundamente marcados por la vida y mensaje de Teresa; los elogios dedicados a ella por los Pontífices y muchos intelectuales, escritores y teólogos famosos; la diversidad de personajes de la política, del arte y hasta del deporte que se han sentido fascinados por Teresita; etcétera; han eclipsado en parte, por un largo tiempo, el contexto familiar donde Teresa se formó humana y sobrenaturalmente. Pero ahora ha llegado la hora de dirigir nuestro foco de luz precisamente hacia ese contexto y mayormente a la figura de sus padres, Luis y Celia.

Ciertamente, la santidad egregia de Teresita, como la de todos los santos, es obra del Espíritu Santo, pero esto no quita que él se sirva para ello de causas segundas, que preparan y abonan el campo del alma para que la semilla de la gracia y la actuación de los dones alcancen su pleno desarrollo. Especialmente los padres, que son los primeros colaboradores de la acción del Espíritu en el alma de sus hijos. Con relación a los suyos, santa Teresa del Niño Jesús así lo reconoce cuando escribe, dos meses antes de su muerte, a l'abbé Bellière: «Dios me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra. Pidieron al Señor que les diese muchos hijos y que los tomara para sí. Este deseo fue escuchado. Cuatro angelitos volaron al cielo (dos niños y dos niñas) y las cinco

hijas que quedaron en la arena tomaron a Jesús por Esposo. Mi padre, como un nuevo Abrahán, subió tres veces, con valor heroico, a la montaña del Carmelo para inmolar a Dios lo que más amaba».

La canonización, o declaración oficial de santidad por parte de la Iglesia, supone la certeza de que el candidato está disfrutando ya de la visión de Dios, Uno y Trino, y también la permisión de invocarle como intercesor, con culto público; pero no añade nada substancial a las virtudes y, por tanto, a la gloria substancial que dicho candidato ya tenía. Solamente conlleva el aspecto accidental de presentarlo como modelo ejemplar e imitable en el seguimiento de Cristo. Pues bien, en este momento de la historia de la Iglesia, la glorificación de los esposos Martin-Guérin, padres de santa Teresita, constituye no sólo un acto de justicia, de reconocimiento de la colaboración directa que ellos aportaron a la obra de santificación de su hija, sino también una necesidad moral para el Pueblo de Dios, que está a punto de cruzar el umbral del tercer milenio.

Efectivamente, en la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*, Juan Pablo II, después de indicar la conveniencia de la actualización de los martirologios de la Iglesia universal y de las iglesias particulares, y de «prestar gran atención a la santidad de quienes *también en nuestro tiempo*, han vivido plenamente en la verdad de Cristo», añade: «De modo especial se deberá trabajar por el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de los hombres y las mujeres que han realizado su vocación cristiana *en el matrimonio*: convencidos como estamos de que no faltan frutos de santidad en tal estado, sentimos la necesidad de encontrar los medios más oportunos para verificarlos y proponerlos a toda la Iglesia como modelo y estímulo para los otros esposos cristianos» (núm. 37).

Los católicos siempre tendremos que defender la familia, célula de la sociedad y «pequeña iglesia doméstica». La santidad del matrimonio cristiano, en sus diversos aspectos, siempre ha sido atacada y lo continuará siendo por los enemigos de la salvación y por un mundo paganizado. En unas épocas y civilizaciones ha sido necesario defender la unidad del vínculo matrimonial; en otras su estabilidad, atacada por el divorcio civil, o su fecundidad, tan contraria al hedonismo egoísta; y finalmente la libertad y el derecho de los padres a la educación de los hijos. Hoy día, además de verse atacado el matrimonio en la mayoría de estos frentes, se intenta corromper su misma esencia de comunidad de vida entre un hombre y una mujer para los fines de la ayuda mutua y la procreación. Por eso, Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *Familiares consorcio*, que recogió el material de estudio del Sínodo de los Obispos de 1980, dirá: «En un momento histórico en que la familia es ob-

jeto de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo Pueblo de Dios» (núm. 3).

Dos Causas oportunas

Uno no puede menos que pensar en los padres de santa Teresa del Niño Jesús al leer las dos frases citadas de la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*: «se deberá trabajar por el reconocimiento de la heroicidad» de las personas casadas; y «sentimos la necesidad de encontrar medios más oportunos para verificar [los frutos de santidad] en tal estado».

Los procesos para la causas de beatificación de los siervos de Dios Luis Martin (1823-94) y Celia Guérin (1831-77) fueron incoados por separado en las diócesis de Bayeux-Lisieux y de Sées, entre 1957 y 1960. Una vez terminados en su fase diocesana, fueron enviados a Roma. El 26 de marzo de 1994, seguido el curso normal en la Congregación de las Causas de los Santos, el Papa Juan Pablo II reconoció las virtudes heroicas de cada uno de los dos esposos, por separado, en una sesión plenaria en la cual se proclamaron otros decretos. Desde entonces Luis y Celia Martin tienen el título de venerables.

Parece lógico que esos procesos se hicieran por separado, no sólo porque es el procedimiento normal actual, sino porque la santidad es algo personal. El Papa no dice que las virtudes heroicas de las personas casadas deban ser declaradas conjuntamente, pero es verdad que, si los dos cónyuges son proclamados santos al mismo tiempo, el testimonio tiene un atractivo y una ejemplaridad especial para otros esposos, y un significado más claro sobre la dimensión social del carácter santificante del sacramento del matrimonio y de la convivencia familiar cristiana.

Pienso, además, que para los esposos Luis y Celia, ya se han encontrado los «medios oportunos» que mencionaba el Santo Padre para verificar los frutos de santidad de los casados y para proponerlos a toda la Iglesia como modelo y estímulo. En efecto, la Congregación para las Causas de los Santos ha concedido al postulador de las dos Causas, el P. Simeone de la Sagrada Familia, postulador general de los Carmelitas Descalzos, que imprima una stampa conjunta para los dos venerables esposos, con una única oración para la devoción privada.

De este modo, según ha declarado el mismo postulador, bastará un solo milagro, atribuible a la intercesión conjunta de los dos esposos, para llegar a la beatificación.

Esto constituye ciertamente una novedad en el procedimiento actual, pero no es tampoco ninguna innovación revolucionaria, puesto que es corriente que la Iglesia canonicamente a la vez a varios compañeros mártires, si bien es verdad que, en este caso, se les dispensa del milagro. Estimo, por otra parte, que el procedimiento que permitirá a los esposos Martin-Guérin ser glorificados conjuntamente pone de manifiesto lo que ya estaba bastante claro en las causas de beatificación: que lo esencial en ellas es la verificación detenida que hace la Iglesia de las virtudes heroicas. El requisito de los milagros ha sido aplicado con cierta flexibilidad a lo largo de la historia.

La vida de los esposos Luis y Celia

El martes 13 de julio de 1858, en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon, contrajeron matrimonio delante de M^r. l'abbé Hurel, párroco de San Leonardo y director espiritual de los dos novios, por delegación del párroco del lugar, «Luis Martin, relojero, residente en Alençon, hijo mayor de Pedro-Francisco Martin, capitán retirado, caballero de San Luis, y de Maria-Anna Fanie Boureau. Y Celia-Maria Guérin, fabricante de puntas de encaje, de Alençon, domiciliada en la parroquia, hija mayor de Isidoro Guérin y de Luisa Macé». La boda se celebró a las doce de la noche, sin ninguna ostentación y con asistencia de sólo los familiares de los novios residentes en Alençon, y los testigos. El biógrafo P. Piat (*Historia de una familia. Una escuela de santidad*, Burgos, Monte Carmelo, 1950) no explica por qué se celebró a esa hora tan intempestiva. Pienso que era costumbre hacerlo así. El rito consistía solamente en la manifestación del consentimiento y en la bendición nupcial; no había misa. Al leerlo he recordado como, siendo monaguillo, en mi infancia, no me agradaba nada cuando había bodas porque había que estar en la iglesia a las cuatro de la mañana. Creo que en mi pueblo —Albesa, de la provincia de Lleida— se hacía así porque los novios sentían cierta vergüenza de que les vieran y pudieran ser objeto de habladurías y críticas por parte de los curiosos del pueblo; y también para poder salir temprano con la tartana hacia Lleida y coger allí el tren escogido para el viaje de novios.

El día de su boda, Luis tenía casi 35 años —había nacido en Burdeos el 22 de agosto de 1823 estando su padre de servicio con el ejército en España—. Le pusieron los nombres de Luis, José y Estanislao. Él se añadió después el de Javier, pues tenía devoción al apóstol de las Indias y, ya casado, deseó siempre tener un hijo mi-

sionero. Los dos hijos que tuvo el matrimonio murieron, sin embargo, poco después de nacer, pero... ¡designios de la Providencia amorosa de nuestro Padre Dios! su hija pequeña, Teresita, llegó a ser la Patrona de las Misiones universales de la Iglesia, a la par del mismo san Francisco Javier. Aunque el acta de matrimonio —parte de la cual he copiado más arriba— identificaba a Luis como el hijo mayor, en realidad, era el tercero de cinco hermanos, pues su hermano mayor, Pedro, había perecido muy joven en un naufragio. Sus otras tres hermanas vivieron respectivamente veintiséis, veintisiete y nueve años.

Celia, cuando se casó, tenía 27 años, pues había venido al mundo el 23 de diciembre de 1821. Era la segunda de tres hermanos. La mayor, María Luisa, sor Dositea, abrazó la vida claustral en la orden de la Visitación en Mans. Era ésta la «hija santa» de la familia y será, desde su monasterio y en las sucesivas visitas que le hacen, la consejera de Celia y de sus hijas. El hermano menor de Celia se llamó Isidoro, como su padre. Llegó diez años más tarde que ella. Éste, después de unos años de vida estudiantil superficial —que llenaron de pesar a Celia— será farmacéutico y se casará con Celina Fournet, una mujer de gran sensibilidad y una excelente cristiana. Ella será la amiga íntima de su cuñada y, cuando ésta muera todavía joven —a los 43 años— hará de madre a Teresita y al resto de sus hermanas. Los tres hermanos Guérin, aunque cada uno seguirá diferentes caminos, estarán siempre muy unidos, tanto en las alegrías como en las penas. Las cartas de Celia a su hermano y a su cuñada son un modelo de fe sobrenatural, de delicadeza y ternura, y de inteligencia humana.

Celia no tuvo una infancia feliz: ella misma se lo recordará a su hermano Isidoro: «Mi infancia y mi juventud fueron tristes como un sudario, porque si a ti nuestra madre te mimaba, para conmigo, tú lo sabes, era demasiado severa; a pesar de ser muy buena, no sabía llevarme. Por ello sufrió mucho mi corazón». La abuela materna de santa Teresita era, en efecto, una mujer campesina un tanto ruda y sin demasiados miramientos; si bien era una mujer de profunda fe. Nunca llegó a conocer el alma grande de su hija Celia, fue muy exigente con ella y la trató con excesiva severidad. El padre de Celia, Isidoro Guérin, era un bravo militar y un cristiano valiente en dar testimonio de la fe en tiempos de persecución, era amable y aún tierno, pero descargaba la educación de la prole en su mujer.

De complexión delicada, Celia estuvo de continuo enferma entre los siete y los doce años; hubo de sufrir continuas jaquecas, que atenazaban su cabeza, y hasta llegó a sufrir una crisis todavía más grave: dolorosos escrúpulos de conciencia, fruto del trato recibido y de la espiritualidad un tanto jansenista de la época. Su buena hermana mayor, seguidora e hija de la espiritualidad

amable de san Francisco de Sales, la tranquilizaba; ella se superaba cada vez más dado su gran carácter: «Quiero ser santa —se decía—. No va a ser fácil. Hay mucho que desbatar, y el tronco es duro como la piedra; pero con la gracia de Dios y mi esfuerzo, lo conseguiré».

Celia era muy inteligente y una trabajadora infatigable. Se especializó en el punto de Alençon y montó su propio negocio. Cuando Luis, su esposo, deje la relojería, llevarán juntos el comercio de puntas que les proporcionará buenos beneficios para la economía familiar. Mucho le ayudaron, para su completa formación, los años que ella pasó como externa en el colegio de las religiosas de los Sagrados Corazones de la calle Picpus. Prueba de esta formación la encontramos en su extenso epistolario; recibió en el colegio varias veces el primer premio de redacción, y sus cartas manifiestan, no sólo su inteligencia, su bondad y su cultura, sino también su crecimiento y madurez sobrenatural. La lectura de las cartas de Celia, llenas de espontaneidad, de experiencias y de anécdotas vividas, de su abandono en la providencia divina, nos hacen presentir ya el estilo y la riqueza literaria, e incluso en buena parte la espiritualidad de Teresita, la autora de la *Historia de un alma* y de innumerables cartas.

Celia es ya una mujer; piensa en su futuro y en el camino que debe seguir en la vida. La conversación con su hermana y la consagración de vida de ésta en religión, le hacen plantearse su posible vocación religiosa. Su temperamento vivaz la inclina hacia una forma de vida activa; y su ternura misericordiosa la lleva hacia los enfermos, los niños y los pobres. Por ello, acompañada de su madre, se acerca un día al Hospital de Alençon, que llevan las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, y pide ser admitida. Pero he aquí que la superiora la rechaza y le dice tajantemente que la voluntad de Dios para ella no está allí. Ante una afirmación tan categórica, Celia acepta la voluntad de Dios. En adelante su súplica será ésta: «¡Dios mío!, ya que no soy digna de ser vuestra esposa, como lo es mi hermana, aceptaré el matrimonio para cumplir vuestra santa voluntad. Entonces dadme, os ruego, muchos hijos, y que todos se consagren a Vos».

Luis, como su esposa, recibió desde la cuna la doble herencia de una tradición católica y del valor castrense. La educación que recibió en los campamentos militares no le llenaba. La vida castrense es demasiado movida para su temperamento; a pesar de que la admira y de que conservará de ella una gran afición por los viajes y por el contacto con la naturaleza. Lee los autores clásicos y demuestra una gran habilidad manual y una pulcritud y orden por las cosas artísticas. Por eso se dedicará a ser relojero. Cumplidos los veintidós años y creyendo tener vocación por la vida religiosa, se va a los Alpes suizos y

se presenta en el monasterio del Gran San Bernardo, situado a 2472 metros de altura, que regentan los canónigos de San Agustín. Los monjes de allí combinan, desde hace novecientos años, la contemplación con la búsqueda y auxilio de los peregrinos y caminantes perdidos entre la nieve y la tempestad. Sus famosos perros les ayudan en esta labor caritativa. Es una vida mezcla de poesía y heroísmo que atrae mucho a Luis. Pero no lo aceptan porque no tiene terminado el ciclo de la formación humanista y no sabe latín.

Vuelto a Alençon, Luis sigue trabajando en su oficio de relojero. Es un hombre físicamente apuesto, de humor jovial, de aficiones espirituales, pacífico y pacificador. Disfruta con los juegos de sociedad en compañía de sus amigos del Círculo Católico y su afición favorita es la pesca. Es asiduo en la asistencia a la Misa y a la Comunión y es ejemplar en vivir el descanso dominical: aunque pierda por ello algunas ventas importantes, la tienda-taller de Luis Martin cierra siempre el día del Señor. Es feliz, además, cultivando su jardín y recitando avemarías ante una imagen de la Virgen que ha colocado en su centro. Pero a su madre le preocupa el futuro de su hijo. ¡Ah, si pudiera casarse con una joven excelente que asiste al curso de punto de Alençon que se ha organizado en la ciudad! Se llama Celia. Cierta día la tal Celia atravesaba el puente de San Leonardo y se cruzó con un hombre cuya noble figura, porte reservado y continente, lleno de dignidad, la impresionaron. Entonces mismo le pareció que una voz interior le decía: «Este es el hombre predestinado para ti».

Comenzó el trato entre Luis y Celia y, a los tres meses del «flechazo», se celebró la boda que hemos reseñado al comienzo de este apartado. El Señor bendijo su matrimonio con nueve hijos. Los recordaremos con una breve referencia a cada uno de ellos. María, la hija mayor, que entrará en el Carmelo de Lisieux con el nombre de sor María del Sagrado Corazón, cuatro años después de que lo haya hecho su hermana Paulina. Ésta, sor Inés de la Cruz, será elegida priora y pasará a la posteridad como la que dio a Teresita la orden de escribir los recuerdos de su infancia, el Manuscrito A. Leonia, débil en su físico y diferente, hasta en su pelo rubio, a sus hermanas precedentes, morenas y vivarachas. Su carácter, un tanto rebelde, será el motivo mayor de preocupación para su madre. Pero será también su timbre de gloria, ya que Leonia morirá en 1941 con fama de santa entre las salesas, en las que entró después de tres intentos fallidos. Elena, una criatura maravillosa que fallece a los seis años. Vienen luego sucesivamente dos niños: José-Luis y José-Juan, que fueron el gozo de sus padres —¡siempre pidiendo a Dios un hijo misionero!—; pero los dos fallecieron con menos de un año de vida cada uno. Celina, que será la que cuide de su padre enfermo y

le proporcionará una gran alegría al comunicarle que ha decidido entrar también en el Carmelo cuando éste muera. Melania, que vivió un mes y, finalmente, nuestra santita: Teresa Francisca, sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

Santa Teresa habla extensamente de su padre en la *Historia de un alma*; no así de su madre, y es lógico puesto que la perdió cuando ella tenía sólo cuatro años. Celia falleció de cáncer de pecho, que hacía años la venía corroyendo, durante el verano de 1877. Llevó su enfermedad con una entereza sobrenatural heroica y alegre. Luis, enviudado y con cinco hijas, decide seguir el consejo de su cuñado Isidoro Guérin, farmacéutico en Lisieux, y se traslada a vivir allí, con la finalidad de que sus hijas no sientan tanto la ausencia de la madre junto a su tía Celina Fournet. Para ello alquilan una magnífica casa con jardín, Les Buissonnets, un poco aislada del centro de la ciudad, que entonces tiene 18.600 habitantes.

Luis Martin se muestra en Les Buissonnets tan paternal como maternal. Las veladas familiares son divertidas, sanamente alegres y sin mezcla de ñoñez. Se fomenta la cultura y la piedad con buenas lecturas, literarias y espirituales, y se frecuenta la asistencia a los actos de culto en la catedral. La sucesiva marcha de las hijas hacia el convento son otros tantos golpes fuertes para el corazón amante del padre, pues las quiere con locura; pero se sobrepone a estos golpes por su gran fe y porque ése era el deseo de su esposa Celia. Luis se pasea frecuentemente con su «reinecita», la pequeña Teresa Francisca y, acompañado de ella, sale a pescar a los ríos próximos. Teresa goza con el contacto de la naturaleza: le encantan las pequeñas flores en medio de los prados verdeantes y a la vera de los caminos del bosque. En otoño de 1877, Luis la acompañará al obispado de Bayeux y luego a Roma, para pedir que su hija pueda entrar, antes de la edad establecida, en el Carmelo. El se une generosamente a la petición de su «reinecita» ante el obispo y ante el mismo Papa, Leon XIII, a pesar del desgarramiento de su corazón paterno.

A partir de junio de 1888 vendrán los años duros de la terrible y dolorosa enfermedad de Luis: un ataque cerebral que irá minando todo su cuerpo hasta dejarlo casi totalmente inútil. Se fuga un día de su casa y nadie sabe de él hasta que, cuatro días más tarde, se le encuentra en Le Havre. Para evitar el peligro de que se pierda otra vez, se le interna en el asilo-sanatorio del Buen Salvador de Caen, que tiene un departamento para enfermos men-

tales. Allí Luis reside durante tres años; uno más entre los 1700 pobladores. Cuando sus piernas queden paralizadas, retorna a su casa y permanece allí en una silla de ruedas; la que luego servirá a santa Teresita al final de sus días, y que quedará inmortalizada por las fotos de sor Genoveva de la Santa Faz. Ésta, la hija Celina, cuida como un ángel a su padre, hasta que el 29 de julio de 1894 el alma de éste vuela al cielo, llena de méritos.

Fama de santidad

Se dice que nadie es un gran hombre para su ayuda de cámara. He aquí lo que Felicidad Saffray, que fue empleada en el hogar de los Martin-Guérin, escribió en 1926 en una carta dirigida al Carmelo de Lisieux: «¡Sobre todo el Sr. Martin era un santo y muy esforzado. ¡No tenía miedo a nada! Formabais una familia como no hay muchas!» Otra sirvienta, Luisa Marais, que Celia tuvo que despedir por la mala influencia que ejercía sobre Leonia, escribirá en 1923, unos meses antes de morir: «En mis sufrimientos cruciantes invoco a mi Teresita y al mismo tiempo a su buena y santa mamá porque si Teresita es una santa, a mi modo de ver su mamá es también una gran santa. Muy probada fue durante su vida y todo lo soportó con resignación. Y además ¡como sabía sacrificarse!... Yo os diría mucho sobre todas sus bondades y sobre su sumisión a la voluntad de Dios».

Al principio de esta breve conferencia ya he transcrito lo que santa Teresa del Niño Jesús pensaba de sus padres en la carta que escribió a l'abbé Bellière. Lo mismo pensaban, y manifestaron en muchas ocasiones, el resto de sus hermanas. Lo hicieron así bajo juramento en las declaraciones del proceso de canonización de santa Teresita.

Poco antes de morir Luis Martin, sus dos hijas, Leonia y Celina, lo llevaron a despedirse de sus otras tres hijas al Carmelo de Lisieux. Al marcharse todavía pudo decirles, con voz entrecortada, «¡Hasta el cielo!». Cuatro días antes de morir su padre, Celina escribe a sus hermanas carmelitas: «Papá me decía ayer: "¡Oh, hijas mías, rogad mucho por mí!". Después añadió que pidiéramos a san José que muriera como un santo». Y así murió, lo mismo que su esposa Celia. La Iglesia lo ha reconocido ya oficialmente con la declaración de virtudes heroicas. Todos esperamos que pronto se produzca el reconocimiento de un milagro conjunto de estos santos esposos y que sean coronados con el título de beatos.

La raó de ser del sacerdoci ministerial és la de sobrenaturalitzar el món

*Extracto de la homília del obispo de Vic, Dr. Josep M^a Guix,
en la Jornada sacerdotal diocesana del martres santo de 1997*

La missa crismal i la jornada sacerdotal d'enguany m'ha semblat que havíem de centrar-les en la figura del venerable Dr. Josep Torras i Bages amb motiu de la celebració dels 150 anys del seu naixement.

Diguem, d'entrada, que el Dr. Torras i Bages fou sempre un enamorat del ministeri sacerdotal, que qualificava d'obra especialíssima de Déu. Aquest amor i aquesta veneració, que ja apunten i s'albiren en ell durant els anys d'estudis a la Universitat de Barcelona, s'anaren enrobustint i madurant al llarg de la seva vida. És fàcil de comprovar-ho en la seva vida sacerdotal exemplar i santa abans i després de ser ordenat bisbe. A més, volgué ajudar els seus germans preveres a viure amb santedat i il·lusió el sacerdoci; per això, onze anys abans de venir a la seu de Vic, ja va publicar el llibre *El clero en la vida social moderna* (1888) i, un cop bisbe, van ser molts els escrits (circulars, al·locucions, edictes) —a més de la pastoral *La ejemplaridad sacerdotal de San José Oriol* (1909)— que va adreçar a la clerecia del nostre bisbat.

Una de les característiques essencials del prevere, segons el Dr. Torras, és la de ser home de Déu, enviat de Déu. Per això, en una exhortació del mes de febrer de 1910, després de dir que «el món té confiança en el sacerdot en quant veu en ell l'home de Déu i de l'eternitat i l'interpret de la revelació sobrenatural», afegeix: «No vulgueu mai semblar ni filòsofs, ni polítics, ni sociòlegs, sinó sacerdots, i sacrifiqueu totes les altres coses a aquesta dignitat divina, perquè el sacerdoci té més força social que la filosofia, la política i la sociologia» (cito per l'edició definitiva de la Biblioteca Balmes: IX, 246-247). Això que diu de paraula va ratificar-ho amb el seu exemple personal quan l'acceptació de l'episcopat comportà per a ell «la girada difícil»: la renúncia a la solitud, al silenci, a l'estudi...

La missió divina que hem rebut i que voluntàriament hem acceptat és la de «sobrenaturalitzar el món» (IX, 75). Aquesta és la raó de ser del sacerdoci ministerial perquè és ell el que ha de sostenir en el món el principi sobrenatural i ha d'infondre'l en el cor dels homes perquè informi la vida pública i social i s'hi manifesti. Per tant, «el terreny del sobrenatural ha de ser el nostre camp d'operacions; la santificació de les ànimes, el nostre

objectiu; avivar la fe i fer créixer les virtuts, la nostra tasca contínua; perquè la missió sacerdotal no és d'ordenar nacions, sinó de salvar ànimes» (IX, 61).

Diu que els bons sacerdots són els agents més eficaços de transformació i de millora social, especialment a través de l'exemple (IX, 174). Aquesta és la nostra *perpetua servitus*; tots els qui exercim el ministeri sacerdotal «no ens pertanyem, pertanyem al poble» (IX, 242-243).

Perquè els sacerdots puguin complir correctament i amb eficàcia aquesta funció rebuda amb l'ordenació, han d'atenir-se molt particularment a dues exigències: han de ser homes d'oració i homes d'estudi. Explicaré aquests dos punts a la llum de la vida i de la doctrina del Dr. Torras.

Vida d'oració

Pel fet de ser home de Déu, el sacerdot ha de pregar i ha d'ensenyar a pregar. Aquest és el seu primer deure, i aquesta càrrega sagrada ha de portar-la des que va rebre la imposició de les mans fins al final de la vida (IX, 66). Que la pregària és el principal ofici del sacerdot «ens en dóna testimoni solemne el sagrat llibre dels *Fets dels Apòstols* en referir-nos que la institució dels diaques tingué per objecte deixar més temps al sacerdot per dedicar-se a l'oració i a la predicació de la paraula divina» (IX, 295).

Més encara, si «l'oració és el deure més essencial que té la criatura racional envers el seu Creador» (IX, 294), «hem d'esforçar-nos a difondre entre els fidels l'esperit d'oració» (ib.) «El poble ha de veure que nosaltres preguem perquè aquest és l'argument més fort a favor de l'oració; i hem de pregar juntament amb el poble, seguint l'exemple dels apòstols i dels primers cristians» (IX, 295)...

Tots aquests manaments o consells que el Dr. Torras adreçava als seus preveres, els predicava també amb l'exemple. Anticipant-me al que diré més endavant sobre la seva devoció eucarística i mariana, només vull recordar que, durant els seus anys de prevere i de bisbe, feia, com a mínim, una hora de meditació diària. I pel

que fa als exercicis espirituals, els feia cada any i escrivia els propòsits pràctics que en treia.

Ara, detinguem-nos uns moments a considerar dos vessants molt marcats en la pietat i en l'oració del Dr. Torras: el vessant eucarístic i el vessant marià.

A) *El Dr. Torras fou un home eminentment eucarístic.* Tenia una consciència molt viva que el primer ofici del sacerdoti catòlic és el de sacrificar el cos i la sang de Nostre Senyor Jesucrist i el de distribuir-lo als fidels per al sosteniment de la vida sobrenatural.

La seva vida d'estudiant, de prevere i de bisbe fou pregonament marcada per l'Eucaristia. Ja durant els seus anys d'universitari, participava diàriament a l'Eucaristia i feia la visita al Santíssim en una església on hi hagués la funció de les Quaranta Hores. Aquesta pràctica encara s'intensificà en els seus anys de sacerdoti i arribà al seu cim els anys en que fou bisbe de Vic. Quan era a casa, la missa que celebrava a la capella domèstica era preparada oïnt la que oïen tots els membres de la família episcopal a la capella sinodal i, després, donava gràcies i resava les hores menors oïnt la missa que celebrava el seu secretari. També feia diàriament una visita de trenta minuts a les Quaranta Hores i, un cop al mes (el primer dijous), feia una hora de vetlla d'Adoració Nocturna (de 8 a 9 del vespre)...

B) *La devoció a la Mare de Déu és una de les característiques del Dr. Torras.* Ja abans de ser bisbe, resava el rosari sencer cada dia (és a dir, els quinze misteris), portava els escapularis del Carme, de la Puríssima, dels Dolors i el de terciari de Sant Domènec i fundà la Lliga Espiritual de la Mare de Déu de Montserrat (1899). Un cop bisbe, encara accentuà més la seva devoció a Maria: continuà resant diàriament les tres parts del rosari, el menava diàriament al Palau Episcopal i a

les parròquies on feia visita pastoral; el dia abans de fer la seva entrada solemne a Vic va menar-lo a l'església parroquial de Centelles, acompanyat de molta gent, etc. No és gens estrany que volgués que els rosaris figuressin en el seu escut episcopal i que un dels títols més populars que se li han tributat sigui el de «Bisbe del Rosari»...

Aquesta pietat mariana que vivia intensament va difondre-la a través de llibres, pastorals, exhortacions i articles breus...

Sempre, però sobretot des que fou ordenat bisbe, el Dr. Torras i Bages va tenir una constant sol·licitud per millorar i incrementar el culte a Maria com a part integrant del culte cristià o també com una pràctica de pietat envers la Mare de Déu, sobretot quan adopta una de les formes de pietat lloades i recomanades pel magisteri de l'Església.

C) *Deixeu-me afegir —encara que sigui a manera d'apèndix— uns mots sobre la devoció del Dr. Torras i Bages al sant Pare, que es manifesta en l'extensa sèrie de fets i de detalls que comencen en una llarga oració humitejada per les llàgrimes a frec del sepulcre de sant Pere, en el seu primer viatge a Roma, l'any 1874. Arran d'aquesta primera visita a Roma, va dir que havia estat una de les ocasions en que havia desitjat ser poeta. En aquesta ocasió el Dr. Torras i Bages i el Dr. Collell foren rebuts en audiència per Pius IX.*

Més endavant, ja bisbe de Vic, farà la visita *ad limina* l'any 1902 (Lleó XIII) i l'any 1905 (Pius X). Pugué saludar i conversar tres vegades amb Pius X: l'any 1905, amb motiu de la visita *ad limina*; l'any 1906, amb motiu de la beatificació de Pere Almató; l'any 1909, amb motiu de la canonització de sant Josep Oriol...

(Butlletí informatiu sobre la vida i fama de santedat del venerable doctor Josep Torras i Bages, bisbe de Vic, Any XI, núm. 66, maig-juny de 1997)

LA IDEA DE «CRISTO REY»

—Solo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él, sí; fuera de él, no. Y la paz que promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano, Quas primas*).

—El reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado del mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*Ubi arcano, Quas primas*).

—La realización de este ideal no sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano, Quas primas, Miserentissimus Redemptor*)

El espíritu de cruzada y las relaciones entre Schola Cordis Iesu y Speiro

Francisco de Gomis Casas

En el pasado homenaje al Dr. Canals, D. Francisco de Gomis glosó, a los postres del almuerzo, la decisiva contribución de Canals en la continuidad y actual vitalidad de Schola Cordis Iesu, tal como ya se publicó en el anterior número de la revista. Sin embargo, la emotiva reflexión de Gomis le llevaba también, como un vivo e inolvidable recuerdo, a referirse a dos entidades hermanas, Schola Cordis Iesu —y su revista Cristiandad— de Barcelona y la sociedad Speiro y su revista Verbo de Madrid, en las que él encontró el ideal de la cristianización de la sociedad civil, que él había vivido —como tantos otros— como el sentido de cruzada de la terrible contienda que fue la guerra en España. Por la lección que encierran sus palabras publicamos aquí, en forma de artículo, esta reflexión de aquel brindis, respetando el peculiar estilo de aquella exposición en que el recuerdo del generoso y heroico sacrificio de tanto jóvenes se hermana, en sucesivas idas y vueltas de modo recursivo, con el recuerdo de los ideales expresados en Speiro y Schola Cordis Iesu.

Cuando yo vine a Schola y conocí al padre Orlandis llevaba el alma cuajada de los recientes recuerdos de la guerra, con la lección indeleble de la generosidad y sacrificio de mis camaradas. Las durísimas condiciones de la guerra, cuyo ápice fue para mí la batalla de Teruel, 28 días a 20° bajo cero, sin poder descansar ni dormir, la visión de tantos cuerpos destrozados, los camaradas desaparecidos, abrían las potencias del alma hacia Dios. Recuerdo la misa de nochebuena de diciembre de 1937, protegidos detrás de una loma cubierta de nieve, con la asistencia de unos pocos que allí pudimos reunirnos. Y el día que nos trasladaron de frente. Después de un mes sobre la nieve helada, dormimos bajo techo, en una paridera de ganado, con paja, con la compañía de unos piojos del tamaño de piñones... dormimos 12 horas de un tirón. «Dios mío, pensé, si tuviera un cobijo como este todos los días de mi vida...!». Más tarde, el curso para alférez provisional, el recuerdo del horror de lo que había visto en zona roja, la saña satánica contra Dios y contra todas las estructuras del Estado tradicional, humanas o de cualquier otra clase, la impotencia frente al asesinato y la blasfemia, la dictadura innoble de los rencores y el saqueo organizado por el mismo estado de las reservas de oro del Banco de España y de las reservas privadas de cada familia, violentando mediante leyes leoninas las cajas de los bancos y alimentando la rapiña de muchos de los que intervinieron oficialmente en el despojo...

Frente a esta tragedia, la juventud tenía espíritu de

inmolación. Al acabar el curso en la Academia de alféreces, estaban expuestas las listas de los fallecidos de la promoción anterior, con los que habíamos coincidido la mitad del curso. Varias decenas de aquellos oficiales estaban muertos; era el momento de pedir destino, y comenzando por los primeros números de cada promoción, se solicitaban con preferencia los cuerpos de mayor peligro. Un sentimiento de honor y de solidaridad con los muertos. ¡Cuántos amigos desaparecidos! Se vivían las asperezas de las situaciones y peligros con paz en el alma y una rara alegría interior de sentirnos en las manos de Dios, cumpliendo nuestro deber, y la seguridad de que el sacrificio conquistaría la victoria para siempre... «La más alta ocasión que vieran los siglos», diría Cervantes de su participación en la batalla de Lepanto, que barrió el fanatismo del islam. Un mismo sentimiento del honor y del deber nos unía a Cervantes a través de los siglos.

Vine a Schola, en los años cuarenta, después de recibir la formación y el ejemplo de mis camaradas de guerra y la dirección intelectual de Eugenio Vegas Latapié. En la revista *Cristiandad*, que acababa de iniciar su singladura como órgano de formación de Schola, se comentaban los mismos autores que había estudiado junto a Eugenio Vegas. La misma línea de pensamiento. El mismo enfoque sobrenatural. La lectura de vidas de santos era también abundantísimo pasto espiritual que prodigaba Eugenio Vegas en torno suyo, como un elemento más de coincidencia con Schola. Pero existían también acusadas diferencias. Vegas Latapié estaba entonces volca-

do a la propaganda y acción política, recordando con san Pío X, que la acción política, servida con pureza, «es la caridad más alta». Sus planteamientos eran historicojurídicos para la implantación de los principios del derecho público cristiano emanado de las encíclicas pontificias, como único antídoto frente a la Revolución. Jesús Fueyo, al prologar uno de sus libros de *Memorias*, le define como el «dignificador de la política». Partidario de la Monarquía, porque creía con san Agustín que es más fácil la virtud de un hombre solo, no luchaba por una república coronada, antesala de la revolución. Después de la victoria de la guerra creía posible restaurar la Monarquía católica. Pero esa acción política se vio trunca por las circunstancias. Cuando llegó a la conclusión de que era tiempo de oportunismos y que no estaba a su alcance la realización de sus ideales, se apartó de la política el año 1948, con profundo pesimismo respecto al futuro. Hubiera podido suscribir entonces la carta que Balmes dirige al marqués de Viluma, al fracasar los intentos del matrimonio de Isabel II con el conde de Montemolín para poner un freno a la Revolución. Dice: «Las circunstancias han variado completamente. Falta la base... Yo no puedo detener las borrascas que van a desencadenarse, ni nadie tampoco; quien lo intente se estrellará...» Y, como Viluma, se muestra poco dispuesto a mezclarse en política, le dice: «hace Vd. bien, Vd. no sirve para cortesano; y esta no es época para hombres de Estado».

Es en esta nueva fase de su vida cuando funda Speiro, en defensa del pensamiento político cristiano, y su órgano de expresión, la revista *Verbo*, y organiza los congresos anuales de la Ciudad Católica, al servicio de la doctrina y ajeno a todo inmediatismo político. Desaparecido Eugenio Vegas, Speiro ha proseguido su camino bajo la dirección de quien fue su más inmediato colaborador, Juan Berchmans Vallet de Goytisolo, uno de los primeros juristas contemporáneos, autor de una obra jurídica y polifacética monumental, miembro, entre otras, de la Academia de Jurisprudencia desde hace muchos decenios y, con él, Speiro y Schola Cordis Iesu colaboran codo a codo desde hace muchos decenios.

Cuando conocí al padre Orlandis en Schola Cordis Iesu, comprobé que se estudiaban en su órgano de expresión, la revista *Cristiandad*, los mismos autores y encíclicas que en Speiro, pero remontándose preferentemente a los más elevados e incommovibles fundamentos de la filosofía perenne, a las fuentes de toda Verdad, con el estudio de la filosofía y de la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino. En Barcelona la filosofía y la teología tenían un Maestro de excepción —el padre Orlandis— y una específica vocación que había de dar con el tiempo los espléndidos frutos que hoy presenciamos. Y por encima de toda filosofía, el padre Orlandis había creado

dicha Schola para profundizar en la devoción y el misterio del Sagrado Corazón de Jesús, como único remedio a la fragilidad y desamparo del hombre. Como instrumento de formación, el Padre instituyó unas conferencias semanales que impartía todos los lunes por la tarde, a las que asistían asiduamente acaso un centenar de personas de gran inquietud intelectual, de las más dispares procedencias e ideologías políticas, a manera de los diferentes estandartes o divisas que concurren a una misma procepción, con una común esperanza sobrenatural; con un auditorio culto y entregado, entre las cuales recuerdo a un Rector de la Universidad de Barcelona que era doctor en Ciencias. Con su habla pausada, como reflexionando y dejando en suspenso la oración, como un reto a la reflexión de los oyentes, el Padre abría horizontes sobre teología de la Historia y sus períodos, las apasionantes glosas sobre Isaías, la voz de los papas, los grandes pensadores, las desviaciones y herejías y, sobre todo, la providencia de Dios sobre cada hombre desde el amor misericordioso del Corazón de Jesús y la difusión de su devoción por medio del Apostolado de la Oración. Las lecturas recomendadas por el Padre eran camino para penetrar en los misterios de la vida espiritual, guiados de la mano de los grandes santos, por la senda de la infancia espiritual. Era el Padre un consumado maestro de la vida espiritual.

El misterio de salvación que ha sido objeto de las meditaciones del entonces Cardenal Carol Wojtila en *Signo de contradicción*, y el misterio de iniquidad de que nos hablaba el padre Orlandis, cruza a través de la historia y flagela sucesivamente a los diversos pueblos. Desde mucho antes de nuestra guerra, el padre Orlandis previó la tormenta que se avecinaba sobre España y agrupó en una pequeña catacumba a voluntarios que querían prepararse para servir a la Verdad. Esos son los «antiguos» de Schola Cordis Iesu.

Desencadenada la tormenta sobre España, la providencia suscitó vocaciones heroicas para luchar contra la hidra desatada por la Revolución contra la Iglesia de España. Del pequeño cenáculo espiritual e intelectual del padre Orlandis, algunos pudieron evadirse de la zona roja y combatir en defensa de la fe. Símbolo de la vocación heroica y espiritual de este grupo fue Anguera de Sojo, abogado brillante, capitán de complemento, de gran talento y valor heroico. El general Asensio, jefe de una de las más destacadas Divisiones nacionales, tenía una gran confianza en su talento y le confiaba las misiones más arriesgadas. Ganó por méritos de guerra la Cruz Laureada individual de San Fernando y la Medalla Militar individual, atributos de un valor heroico excepcional, y murió en acción de guerra. Este cruzado de la Fe llevaba en su mochila de soldado la Suma Teológica de santo Tomás que había estudiado junto al padre Orlandis

y se servía de ella para instruir a sus oficiales, jóvenes entusiastas, pero sin su preparación. Su tío y gran jurista, don Oriol Anguera de Sojo, católico ejemplar, que en abril de 1931, como gobernador civil, evitó con energía los incendios de iglesias y conventos perpetrados en el resto de España, me lo contaba, recién terminada la guerra, con orgullo y emoción. Es todo un símbolo de la escuela del padre Orlandis: heroísmo en la fe y estudio y difusión de la Verdad. «*Clama, ne cesses*», es el lema adoptado por la revista *Cristiandad*.

Para el soldado nacional la guerra fue efectivamente una Cruzada. Dios concedió la vocación heroica de la muerte a toda la juventud que empuñó las armas para defender a la Iglesia, para defender la tradición cristiana de nuestras familias. Cuando íbamos voluntarios, teníamos la alegría interior del que se ofrece en holocausto. En la reacción generosa que se produjo, esto era fácil. Toda la juventud estaba contagiada por el mismo anhelo de servicio y de gloria, la gloria de Dios. Un católico anónimo del ejército rojo, el Dr. Tarrés, que después fue sacerdote, muerto en olor de santidad, lo expresa así en sus Memorias de guerra:

«Barcelona liberada del infierno rojo... ¡Dios mío!, ¿Es posible que llegue la hora de la liberación? *Benedicite omnia opera Domini Domino*. Cuando todo parecía hundido, Vos habéis resurgido lleno de gloria, Señor, es Vuestra gloria la que me interesa, la única cosa por la cual late mi corazón. Dios mío, gracias por haberme permitido presenciar tanto entusiasmo, la alegría de un pueblo que resucita. ¡Dios mío! ¡*Laudate Dominum!*!... «Me he sentido profundamente español, y nunca como hoy me sale del corazón un grito bien alto de ¡Viva España! ¡Viva Cataluña española! España está destinada a ser una gran fuerza. Ella será el nuevo hogar del cristianismo». Así se expresaba el doctor Tarrés.

El día que me incorporé a la Legión en el frente del Ebro, en unos momentos de máximo peligro, estaba yo recogido en oración. Otro oficial, el teniente provisional José Antonio García de Cortázar, me pregunta:

—¿Qué haces?

—Estoy descansando...

—¿Estabas rezando?

—Sí...

—En nuestra Compañía rezamos siempre juntos.

Y así fue efectivamente y nuestras conversaciones fueron para mí escuela de generosidad y de sacrificio, de honor y de amor a la obra espiritual de España. Era para nosotros, «la más alta ocasión que vieron los siglos», como decía Cervantes de su participación en esa otra Cruzada que fue la batalla de Lepanto. Cortázar fue el ángel alegre de mi Compañía que influía en toda la Bandera con su contagiosa alegría de católico ejemplar. En una de sus poesías dice:

Que voy a entrar en combate, Señor Santiago el Ma-
[yor

Pon en mi clara bandera la *aguda Cruz de tu amor*.
Dame tus armas ardientes, *híncame tu corazón*.

Los testimonios del espíritu de Cruzada serían innumerables. Eugenio Vegas, que también quiso participar con su sacrificio personal en el holocausto de aquella contienda, huyendo de la retaguardia como capitán que era del Cuerpo Jurídico Militar, y cambiando para ello su nombre por el de Eugenio López Vega, fue Caballero Legionario de 2ª durante más de seis meses en la IIª Compañía de mi Bandera. El oficial de dicha Compañía, el teniente Marcelo, me decía que explicaba a sus compañeros el sentido trascendente de su sacrificio y cómo de día en día aumentaba el número de legionarios que iban a comulgar en todas las ocasiones posibles. En el mismo frente del Ebro, más a nuestra derecha, un golpe de mano rojo toma unas posiciones de gran riesgo para nuestra línea. Un alférez de requetés de unos 18 años situado en el lugar más inmediato llama a sus gentes y levantando un crucifijo dice: «¡Arriba muchachos! ¡Por ti muero, Señor!». Todo el Tercio de requetés le sigue, recuperan la posición perdida, y el Oficial yace muerto. En la 4ª Bandera persiste el recuerdo del padre Huidobro, S.I., muerto gloriosamente en servicios de su ministerio sacerdotal y de heroica caridad, hasta el punto de que los legionarios en alguna ocasión le levantan a hombros en reconocimiento y admiración por su valor heroico en servicio de los demás. Lo mismo se puede decir del padre Caballero, S.I. capellán de otra bandera de la Legión, a quien se le concedió la Medalla Militar individual a instancias de sus jefes en reconocimiento de su valor heroico en el ejercicio de su caridad al asistir a heridos y moribundos. Dos primos míos, como hermanos.. Uno de ellos, Manolo de Dalmases y de Gomis, muere en el frente del Ebro, como voluntario de la sección de choque del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, estando su otro hermano en el hospital. Me escribe éste afectadísimo por la muerte de su hermano: «me proponen, dice, que me quede en destino de retaguardia para que alguno de los hermanos pueda abrazar a los padres». A los 15 días me escribe de nuevo: «Mi deber, mi honor, está en volver al frente, y ponerme en todo en las manos de Dios». Y vuelve al frente como alférez provisional de infantería. La muerte de un hermano no provocaba la huida sino, en todo caso, el honor de sustituirlo. En la defensa de Belchite, que evitó el hundimiento del frente nacional por Zaragoza, y en cuyo sector resistieron heroicamente hasta la muerte, tres tercios del requeté, entre ellos el tercio constituido por catalanes, de Nuestra Señora de Montserrat, apareció escrito en las paredes de un edificio: «aquí muere por Dios y por España, un requeté español», como cuenta el

historiador que visitó de inmediato aquellos lugares. En reconocimiento a este heroísmo salvador, se concedió la Laureada de San Fernando a cada uno de estos tercios, además de otras laureadas de San Fernando de carácter individual.

En mis reflexiones en el frente, ante la inminencia de una muerte presentida como muy posible, surge esta interior reflexión: ¿para qué voy a morir... para qué? Por Dios, solo por la gloria de Dios, para que esté presente en la sociedad y germinen todos sus bienes en el corazón de cada hombre, de cada familia y en la empresa colectiva nacional. No por nacionalismos estrechos ni valores accesorios, sino en servicio del ideal ecuménico de la Cristiandad, nuestra verdadera Patria es la Cristiandad, donde Cristo reine e impere.

El padre Orlandis, en sus conferencias de teología de la Historia nos hablaba del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo, frente al misterio de iniquidad y como único remedio, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Nos introducía en el estudio austero de la Verdad, la filosofía y la teología tomista, y adopta como lema, «¡Clama, ne cesses!», para la revista naciente *Cristiandad*, por encima de todas las diferencias accesorias. Análogamente, Eugenio Vegas acostumbraba a recordar, remedando a Huysmans, que la Patria es el sitio donde se puede rezar mejor. Al finalizar la guerra, el ideal de Cruzada vive difuso en muchos de los protagonistas de aquella tragedia. Para mí, la concreción ideológica de aquel ideal se hizo a través de José Antonio García de Cortázar y de Eugenio Vegas Latapié. A través de

Cortázar conocí a Vegas, que también creía que el intelectual debe dar ejemplo y defender su Fe con el ofrecimiento de la propia vida. Hay personas que educan con su presencia y con el testimonio vivo de sus convicciones. José Antonio de Cortázar, notario de Madrid, fue director de la revista *Verbo*, órgano de difusión de Speiro, durante varios decenios, desde sus inicios y hasta su muerte.

El padre Orlandis y Eduardo Conde, conde de Salces del Ebro, gran amigo mío, se conocieron por mi mediación y se trataron intensamente, en sus ya ininterrumpidas reuniones dos o tres tardes cada semana, hasta la muerte del Padre. En la última visita que le hizo, ya agonizante se produce este breve diálogo que tanto caracteriza al padre Orlandis:

—Padre —dice Conde— estoy aquí, ¿sabe quién soy?

—Sí, un gran hombre.

—¿Quiere algo, Padre?

—Si, *todo*.

A las pocas horas, el padre Orlandis se sumergió definitivamente en ese «Todo» que había sido el anhelo constante de su vida. Conde fue gran colaborador de la revista *Cristiandad*, —y algunos de sus artículos de inspiración orlandiana se publicaron después en forma de libro— con el carisma de una gran intuición expresada, como decía el Padre, con una persuasiva convicción. Así nació la comunicación y colaboración de Schola Cordis Iesu con Speiro y el concurso fundamental de Schola en los congresos anuales de la Ciudad Católica que siguen celebrándose sin interrupción.

MÉDICOS QUE NO CURAN

La regla humana, la pauta social, los modernos herejes la buscan en lo exterior, en lo material y sensible, y con esta pauta quieren gobernar la sociedad y reformar al hombre. En esto precisamente consiste su error radical, y de aquí proviene que sean médicos que nunca llegarán a curar al linaje humano, puesto que desconocen su naturaleza... Los actuales reformadores de la sociedad... hacen consistir la perfección social en la distribución de la riqueza, sin llegar a comprender que ésta está sujeta a la espontaneidad, al gusto, a la actividad y a la libertad del hombre, quien aumenta su riqueza o la disipa, la hace fecunda o estéril, instrumento de bien o de mal; y el uso de la espontaneidad, de la actividad, del gusto y de la libertad humana dependen del espíritu que rige a los hombres. Por esto el gran problema social no está en inventar un molde, en acertar una fórmula, en encontrar una proposición, en la manera de distribuir socialmente la riqueza; la armonía económica, es claro que ha de existir, pero es una consecuencia, un efecto, una manifestación de una armonía más alta, más compleja, más noble, de una naturaleza superior que comprende todos los elementos humanos, la armonía universal que deriva del espíritu y que supone una sublime unidad de origen y de fin.

JOSEP TORRAS I BAGES: *Actualidad perenne del Pontificado*

«¡Cristo, por Ti lo hacemos! ¡Acuérdate en el día del juicio!»

José Vives Suriá

Se ha cumplido el sesenta aniversario del comienzo de aquella tremenda y sangrienta contienda o guerra civil de los años 1936-1939, que sería mejor denominar «cruzada» vista desde el campo nacional y «revolución roja» y «persecución religiosa» desde el campo adversario. Aunque de buena o mala fe gran parte de la historiografía en uso pretenda desconocerlo, la verdad es distinta de lo que suele contarse acerca de aquel trascendental capítulo de nuestra vida nacional. Esta verdad, tantas veces sinuosamente ocultada u oculta, nos la describe maravillosamente bien Javier Nagore Yáñez en su recia narración *En la Primera de Navarra*, de cuya página 267 tomamos lo que sigue:

«Naturalmente no soy de los que por no creer en la inmortalidad creen en la Historia. Pienso que cuantos hicimos la guerra en la España nacional creíamos en la inmortalidad. Digo del alma, única que nos importaba al fin y al cabo, y que muchos consiguieron, creo yo, al morir "por Dios y por España", o lo que es igual "por una España con Dios". La otra inmortalidad, la de la Historia, nos interesó bien poco. Acertamos en ello. Puesto que hoy la Historia se escribe de nuevo por los entonces vencidos. Falseándola, por supuesto.

»Como escribió Javier María Pascual, gran periodista navarro: "Aunque crezcan las matas de pacharanes en las tumbas de los voluntarios y se suban las 'sargantanas' por las cruces de los cementerios de la Valcorva, nosotros sabemos que nuestros mozos murieron por Dios y por España".

»Un chico de Sangüesa, un tal Ibáñez, de dieciséis años de edad, escribió a sus padres una única carta en papel de estraza. Esta carta la tengo yo y dice así:

»"Queridos padres: Mañana entramos en combate. Estoy en gracia de Dios. Un abrazo."

»Si algo sabemos con certeza es esto: murieron por Dios y por España».

Así, repetimos nosotros, luchaban y morían los mejores mozos de todas las tierras de España —muchos eran mozos por razón de edad y los había muy veteranos que lo eran simplemente por el corazón— y para ello los ofrecían sus padres al buen Dios, en un acto de generosa y absoluta entrega. Nos hace mucha ilusión y consuela poder confirmarlo con el consiguiente ramillete de ejemplos, entresacados todos, excepto el último, del emotivo

libro *Navarra en la Cruzada* del en aquellos tiempos director de *El Pensamiento Navarro* don Francisco López Sanz.

Dejemos, apaciblemente, que tanta sangre bendita empape nuestros corazones y atraiga la bendición de Dios sobre nuestra Patria.

Muero contento

El 19 de julio (de 1936), sin esperar más, con la columna de García Escámez salieron de Pamplona dos jóvenes, los hermanos Juan Jesús y Javier Jaurrieta Baleztena. Los dos morirían al servicio de la Causa que habían querido defender con los ideales que fueron patrimonio generoso de su familia. Y uno de ellos, Juan Jesús, herido de muerte en la sangrienta toma de Navafría, con la alegría envidiable del justo a la vista ya de la gran promesa y de la esperanza de la bienaventuranza eterna, pronunciaría estas palabras tan encantadoramente cristianas y de almas elegidas:

—Muero contento por dar la vida por la Religión y por España, y tranquilo por haber comulgado esta mañana.

Vivimos en una preciosa alternativa

De una carta del requeté Javier Jaurrieta Baleztena, hermano del anterior y que igualmente moriría en campaña, dirigida desde el frente de Somosierra a su madre doña María Luisa Baleztena, viuda de Jaurrieta:

—Vivimos en una preciosa alternativa. Si muero me voy al Cielo, y allí veré a papá. Si vivo me quedo con vosotros y viviremos felices en una España que habremos rescatado para Dios.

Lloro de gozo

Doña María Luisa Baleztena, viuda de Jaurrieta, mujer de ánimo dulce y apacible, y dotada de una gran fortaleza, al morir el segundo de sus antes referidos hijos, con el fervor y la sencillez de una madre venerable y santa pronunció estas hermosas palabras:

—Lloro de gozo, no de tristeza, porque tengo dos hijos en el Cielo.

Este maravilloso espíritu de tantas madres navarras, hizo exclamar a Pemán:

«Qué sabremos nosotros cual gana más batallas, la madre que se queda o el hijo que se va».

Se lo ha llevado porque era suyo

En los campos de Ochandiano, al asaltar las alambradas rojas los requetés del Tercio de Montejurra en abril de 1937, cayó muerto el voluntario Gregorio Rela, que apenas había cumplido diecisiete años de edad y ya llevaba nueve meses luchando. Pocos días antes escribía a su madre, viuda y pobre, muy pobre:

—Cuando vuelva a casa seremos dichosos y felices, y si no vuelvo todavía lo seremos mucho más, porque muy pronto nos veremos en el Cielo.

Y la madre, al conocer la noticia de la muerte de su hijo, exclamó:

—Dios se lo ha llevado porque era suyo, y yo perdono al que haya matado a mi hijo y no deseo más sino que salve su alma.

Ese fue el grito de guerra

Traían al pueblo el ataúd con el cadáver de su segundo hijo muerto en el frente. Paróse el cortejo y se abrió despacio la caja. El mozo parecía de cera. Una bala le había partido el corazón. Rezó su madre un padrenuestro y dio esta voz estentórea:

—Al morir, hijo mío, no pudiste gritar como tu hermano ¡Viva Cristo Rey! Yo se que me oyes. Contesta, pues, a tu madre. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!

Y sin sollozar cerró la caja.

Siempre dispuesto a morir

En noviembre del 37, falleció el sargento del Tercio de Lácar, Benito Inda. Después de luchar valerosamente en la conquista del Norte, le tocó morir en lo que fue meta y final de la lucha. Su muerte fue como de un ángel. Así se lo decía en carta a su madre, doña Dionisia Espinal, otro muchacho requeté al devolverle los objetos de su hijo y, entre ellos, una estampita en la que tenía escrito:

«Si muero en campaña, queridísima madre, si algún día de estos le llega la noticia de que he caído muerto, siéntase orgullosa, que muero por Dios y por la Santa Religión y por España.

»¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!

»Señor. Perdonad todos mis pecados, como yo perdono a todos mis enemigos. Como también perdono al mismo que me de la muerte aquí en el campo, luchando.

»Esta tarjeta deseo que se la entregue el pater más próximo en el caso de que me halle la muerte.

»Adiós, queridísima madre y hermanos. Benito Inda»

Señor, apiádate de todos

Veinticuatro años tenía aquel mozo de Lárraga, Juan García Mendiri, con apellidos de generales de las guerras carlistas y temple y valor como el de aquellos cruzados. Se marchó al frente Norte y otro hermano también luchaba como él en el Requeté. Pasados unos meses, a otro hermano pequeño, de dieciséis años, que quedaba en casa, le escribió en aquel principio de primavera de 1937:

«Me dicen que vas a venir. Si te precias de patriota, así debes hacerlo, sin tener miedo a las balas».

Poco tiempo después, en las operaciones de Vizcaya, moría aquel valiente y animoso muchacho. Y al llegar su cadáver al pueblo, su madre, después de besarle, elevó sus ojos al cielo y exclamó:

—Señor, perdono al que ha matado a mi hijo y que su sangre generosa sea para la salvación de todos, hasta del autor de su muerte, y acepto el dolor de su separación y te lo ofrezco, Señor, por la salvación de España. Guerra al pecado, que por su causa padece nuestra Patria. ¡Señor, apiádate de todos!

Con nuestros sudores y con nuestra sangre

En las operaciones sobre el monte Trapero, en Guadalajara, a fines de agosto de 1937, recibió un balazo en la cabeza el valiente requeté de Arazuri, Marcos Lezaún, a consecuencia del cual fallecía en Jadraque, poco después. En el momento de caer herido le atendía otro compañero del mismo pueblo a quién sus amigos llamaban «Queipo». El asistente del capellán, Joaquín Lacunza, un santo varón, exhortaba a Lezaún:

—Marquicos, grita ¡Viva Cristo Rey!

—¡Viva Cristo Rey! —decía el herido con dificultad.

Envuelto en mantas fue evacuado a Jadraque y después de terminada la operación y conseguidos los objetivos, los requetés volvieron de nuevo a Villanueva de Argecilla, donde estaban restaurando la Iglesia que había sido destruida por los marxistas, como todas las de Guadalajara, y que los requetés, en sus ratos de ocio se dedicaban a reconstruir.

Poco después apareció Sebastián Lacunza, con un lío de mantas debajo del brazo.

—¿Qué traes aquí? —le preguntó el capellán P. Mariano de Sangüesa. A lo cual Lacunza, con premiosidad y balbuceos, repondió:

—Es que... con estas mantas envolvimos a Marquicos... y con esta sangre... se me ha ocurrido...

—Ya acierto tu pensamiento —repuso el capellán—.

Pon agua limpia en dos cubos, ten las mantas metidas en ellos cuarenta y ocho horas y da orden a los albañiles para que con el agua que recoja esta sangre de Lezaún, amasen para la construcción del sagrario de la Iglesia.»

—Eso, eso—respondió jubiloso el muchacho—, eso es lo que yo quería. Así diremos los requetés con santo orgullo que la iglesia de Villanueva de Argecilla se ha restaurado con nuestros sudores y nuestra sangre.

El recordatorio de una misa exequial

El 19 de agosto de 1939, en conmemoración del primer aniversario de su muerte, se celebró en la iglesia de San Jaime, de Barcelona, una solemne misa exequial en sufragio del alma de Miguel Regás Castells, alférez de la sección de choque del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, que dio su vida por Dios, por España y por los suyos el 19 de agosto de 1938 en el sector de Villalba, frente de Cataluña.

Al final del correspondiente recordatorio, que encabeza la reproducción de una imagen de Nuestra Señora de Montserrat regalada anteriormente por dicho oficial a sus padres, se leen estas hermosísimas palabras:

«Una imagen de Nuestra Señora de Montserrat fue la ofrenda del hijo a sus padres en recuerdo de su amor y del ideal de fe y de patria, que le impulsaron a la milicia montserratense.

»Aquella imagen, iluminando el presente recordatorio, es un testimonio perenne del amor y el espíritu cristiano con que él, heroico, hizo el sacrificio cruento de su vida, y sus padres, gozosos, presentamos esta oblación a Dios, Señor Nuestro.

»Ante Dios interceda él por nosotros y en el Cielo, unidos todos los suyos, podamos vernos reunidos. Amen».

Quedaría incompleto cuanto hasta aquí hemos escrito si no añadiéramos que ese entrañable espíritu de oblación y de sacrificio era alegre, confiado, total, limpio y

al margen de los simples intereses terrenales, como veremos enseguida. Trepano por un camino, se encuentra un requeté de improviso ante una cruz vecinal. Se detiene y postra fervorosamente de rodillas al pie de aquella cruz y con franqueza campesina deja que salga de los más hondo de su corazón esa frase hermosísima, que bien pudiera tejerse con las más bellas flores silvestres de todas las tierras de España: «Cristo, por Ti lo hacemos! ¡Acuérdate en el día del juicio!».

¡Ojalá!, ¡Ojalá! que, como aquellos varoniles mozos de entonces, nuestros jóvenes de hoy, y nosotros mismos, los hombres y mujeres que vamos avanzando hacia el umbral de una nueva vida, podamos acudir cada día a nuestro puesto de combate, la humilde y ardua tarea de cada día, con semejante espíritu y con la misma plegaria en los labios y el corazón: «Cristo, por Ti lo hacemos! ¡Acuérdate en el día del juicio!».

No debiéramos olvidarlo. Aunque se hable insistentemente de reconciliación y de paz, los enemigos de Dios y de la Iglesia siguen en pie de guerra, y la descristianización de España avanza a marchas forzadas. Y es ahora mucho más difícil combatir que en aquellos tiempos, porque no advertimos, ni nadie nos advierte, de que estamos en tiempos de guerra, y las posiciones de las fuerzas contendientes no siempre aparecen con claridad y bien definidas, y hasta a veces parece que una parte de las fuerzas propias militan en el campo contrario de los perseguidores y enemigos de la fe. No importa. Dios sobre todo y sobre todos. Ya se entiende que no nos referimos a la guerra de las armas. Esperamos confiadamente que alguna voz autorizada nos advierta del peligro y golpee nuestros corazones con palabras tan recias como aquellas nacidas del ardiente espíritu de santa Teresa:

Todos los que militáis
debajo de esta bandera,
ya no durmáis, ya no durmáis,
que no hay paz sobre la tierra.

CRISTO PRESENTE EN SU IGLESIA

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice san Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

RAMÓN ORLANDIS, S.I.: *Actualidad de la idea de Cristo Rey*

LOS JESUITAS MÁRTIRES

José M^a Alsina Roca

El pasado día 9 de junio tuvo lugar en los locales de Fundación Balmesiana, organizada por CRISTIANDAD e Hispania Martyr, la presentación del libro Jesuitas mártires. 1934.1939 (Editorial Esin, Barcelona), del que es autor el padre Alejandro Rey-Stolle, S.I., que acostumbra a publicar sus obras con el pseudónimo de Adro Xavier. La presentación corrió a cargo de nuestro colaborador José M^a Alsina Roca, que no se limitó a ensalzar los valores del libro, sino que hizo una vibrante y emotiva memoria del sacrificio, por Dios, de los miles de mártires de la persecución religiosa.

El libro *Jesuitas mártires. 1934-1939*, del conocido y prolífico escritor Adro Xavier, que nos honramos en presentar es, ante todo, un servicio a la Compañía de Jesús y a la Iglesia.

Mediante su lectura conoceremos o recordaremos, como podemos leer en las páginas de presentación de libro, una página luminosa de la historia más reciente de la Iglesia. El libro es, ante todo, un importante testimonio de este hecho tan singular y al mismo tiempo tan olvidado de cómo en el siglo xx la Iglesia ha vuelto a ser, como en los primeros siglos, la Iglesia de los mártires. Rusia, México, Alemania en los campos de concentración, China, otros países repartidos por toda la geografía dominados por gobiernos comunistas, y las más recientes ocurridas en países islámicos, están asociados en su historia más o menos reciente a esta realidad de la Iglesia de los mártires. Juan Pablo II lo ha recordado en su Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser la Iglesia de los mártires».

No es preciso perder el tiempo en subrayar el carácter verdaderamente martirial de los que fueron inmolados en odio a la fe y a la Iglesia. Los hechos son demasiado elocuentes para que valga la pena entrar en diálogo con aquellos que han negado este carácter; además, la Iglesia ya se ha pronunciado con la beatificación desde el año 1987 de 221 mártires. Sin embargo, siempre es aleccionador recordar las palabras de Pío XI, en septiembre de 1936, al recibir a un grupo de españoles que habían podido escapar de la persecución. En aquellos momentos, más de 3000 sacerdotes y religiosos ya habían sido asesinados en odio a Dios y a su Iglesia. El Papa se refiere, de forma muy significativa, a las víctimas de la persecución religiosa en España con las mismas palabras con que el apóstol san Juan en el Apocalipsis señala la presencia singular de los mártires en la

gloria celestial y también con las que san Pedro y san Pablo aluden a los primeros mártires de la Iglesia:

«Deberíamos a un tiempo llorar por el íntimo y amarguísimo pesar que Nos aflige, deberíamos regocijarnos por la noble y suave alegría que Nos consuela y exalta.

»Estáis aquí, queridísimos hijos, para decirnos la gran tribulación de la que venís, tribulación de la que lleváis las señales y las huellas visibles en vuestras personas y en vuestras cosas; señales y huellas de la gran batalla de sufrimientos que habéis sostenido, hechos vosotros mismos espectáculo a Nuestros ojos y a los del mundo entero, desposeídos y despojados de todo, cazados y buscados para daros muerte en las ciudades y en los pueblos, en las habitaciones privadas y en las soledades de los montes, tal como veía el Apóstol a los primeros mártires admirándoles y gozándose de verles hasta lanzar al mundo aquella intrépida y magnífica palabra que le proclama indigno de tenerles: *quibus not erat mundus*.

»Venís a decirnos vuestro gozo por haber sido dignos, como los primeros apóstoles, de sufrir *pro nomine Jesu*, vuestra felicidad ya exaltada por el primer papa, cubiertos de oprobios por el nombre de Jesús y por ser cristianos. ¿Qué diría él mismo, qué podemos decir Nos en vuestra alabanza, venerables obispos y sacerdotes, perseguidos e injuriados precisamente como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios?

»Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmo y de martirios, verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso sentido de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más inocentes, de venerables ancianos de juventudes primaverales, hasta la intrépida generosidad que pide un lugar en el carro de las víctimas que el verdugo espera».

Cuando se leen las biografías de los 118 mártires

jesuitas se experimentan los mismos sentimientos que expresaba el papa Pío XI con las anteriores palabras: de profundo dolor, al ver aquella explosión de odio y de brutalidad contra todo aquello que tenía que ver con Dios y con la Iglesia; de consuelo y de alegría, al conocer estos testimonios de heroísmo de vida cristiana; de esperanza y de confianza, en el triunfo del poder de Dios, que se manifiesta a través de sus criaturas, frente al poder de Satanás.

En el libro que presentamos nos puede llamar la atención el período a que hace referencia: 1934-1939. La razón es muy evidente: la persecución tuvo su primera fase en Asturias, también en Cataluña, aunque en menor grado, durante los sucesos de octubre de 1934. En la actualidad la Iglesia ya ha proclamado nueve beatos (ocho hermanos de la Doctrina Cristiana y un pasionista) matirizados durante aquellos sucesos en la localidad asturiana de Turón. Los jesuitas también tuvieron en aquellas fechas sus dos primeras víctimas en Mieres. Fue un anticipo de lo que después ocurriría en toda España a partir de julio de 1936.

Por otro lado, es necesario destacar que la persecución religiosa a que nos estamos refiriendo tiene ya su anticipo no sólo en los sucesos de octubre sino el conjunto de hechos y leyes que se iniciaron a los pocos días del 14 de abril de 1931, recién proclamada la república. Es significativa la anécdota que cuenta Maura de aquel alcalde de pueblo que pocos momentos después de la proclamación de la república en su pueblo, envió un telegrama a Maura como nuevo ministro de Gobernación en los siguientes términos: «Excmo Sr. Ministro de la Gobernación. Madrid. Proclamada la república. Diga que hacemos con el cura».

Quema de conventos en mayo del 31, expulsión del cardenal Segura, retirada del crucifijo de las escuelas, expulsión de los jesuitas, aprobación del divorcio, secularización de los cementerios, repetidos incendios de colegios católicos e iglesias durante los años 1932 y 1933, los sucesos de octubre del 34, nuevos incendios de edificios religiosos con ocasión del triunfo de Frente Popular en las elecciones del febrero del 36; son el conjunto de hechos que, jaleados por la prensa izquierdista, reflejan el envenenamiento a que estuvo sometido el pueblo español durante aquellos años, y explican y preparan el estallido de violencia del período siguiente.

Aquellos primeros actos de violencia encontraron sus apologistas en la prensa revolucionaria, pero también desde otras instancias más «serias» —los intelectuales defensores del laicismo en la vida pública—; se acusó a la Iglesia de haber sido con su conducta histórica la causante de aquella situación. De este modo, aunque se deploraban los «excesos» de violencia, se justificaba, de hecho, la persecución actual y se iba preparando el am-

biente de odio y rencor contra la Iglesia. La opinión de Salvador de Madariaga es un ejemplo de esta actitud:

«La Iglesia solía ponerse infaliblemente al lado de las peores causas de la vida nacional, apoyando siempre al poderoso, al rico y a la autoridad opresora... su influencia sobre el país es esencialmente retrógrada e irritante».

La legislación anticlerical de la segunda república, la persecución religiosa con derramamiento de sangre martirial, las apologías, o las justificaciones vergonzantes de todos estos hechos, sólo se entienden plenamente si tenemos presente el lugar que ha ocupado la fe cristiana, tanto en la vida privada como en la pública, a lo largo de la historia de España.

El Tercer Concilio de Toledo, la reconquista frente al domino musulmán que duró ocho siglos, la evangelización de las Américas, la defensa de la Cristiandad en Europa ante la escisión protestante, los santos fundadores y reformadores de tantas órdenes religiosas, la literatura, pintura y escultura del Barroco, y otras realidades, más escondidas pero no menos importantes, como son el rico y variado conjunto de costumbres cristianas familiares y colectivas, nos hablan del profundo arraigo de la fe cristiana en la vida de España, hasta tal punto que sin ella la historia carecería de contenido y la vida cotidiana se encontraría sin referencias que le dieron sentido. Pues bien, desde el siglo XIX, con el triunfo de la revolución liberal, se intenta repetidas veces y de una modo sistemático cambiar esta realidad desde sus raíces más profundas, lo cual sólo se puede hacer con una violencia inaudita y con las consecuencias de que hemos sido testigos.

Desde esta perspectiva podemos entender el carácter extremadamente violento de la persecución religiosa del 36. Se trataba de desarraigar definitivamente la fe cristiana de la vida de España. Es decir, hacer efectivo el propósito expresado por los liberales del siglo XIX, de «cambiar la naturaleza de los españoles». Para ello era necesario erradicar totalmente la presencia social de la Iglesia. En el siglo XIX, aunque también hubo estallidos de violencia con matanza de frailes y quemas de conventos, no obstante, las medidas descristianizadoras más importantes fueron la supresión de las órdenes religiosas y las leyes desamortizadoras de los bienes eclesiásticos, justificadas, también en su momento, como algo necesario para ponerse a las alturas de las exigencias de los nuevos tiempos y del progreso. Desgraciadamente, su eficacia fue muy importante; hasta tal punto tuvieron consecuencias descristianizadoras, que los misioneros populares de principios del siglo XX hacían notar cómo en muchos lugares había casi desaparecido la práctica religiosa a partir de la expulsión de los religiosos de sus conventos y monasterios. Con todo, una serie de factores históricos y sociológicos, pero especialmente la mis-

ma fuerza de la fe cristiana, dieron lugar a que el propósito liberal de «cambiar la naturaleza de los españoles» pudiera darse entonces por fracasado.

A partir de la instauración de la segunda república, se inicia una nueva fase del viejo proyecto desecristianizador. A la nueva situación podrían aplicarse con propiedad las palabras de Karol Wojtyła en *Signo de contradicción*: «La persecución es el programa de nuestro tiempo».

El mismo Azaña, presidente de la República, pocos días después del 18 de Julio, cuando ya se veían los derroteros de la nueva situación, declaró: «Ahora es cuando de veras se ha proclamado la república»; y Companys, presidente de la Generalitat de Cataluña, afirmará en aquellos días, justificando la persecución religiosa, que en Cataluña tuvo especial virulencia: «Hay instituciones violentamente odiables: el clericalismo, el militarismo y el latifundismo... el movimiento del cual ahora sois testigos es la explosión de una inmensa cólera, de una inmensa necesidad de venganza subiendo del fondo de los tiempos». Con esta actitud se justificaba también la creación, según decreto de la Generalitat del 23 de julio, de las milicias antifascistas y de los comités locales, principales responsables de la persecución religiosa sistemática llevada a cabo en Cataluña durante los meses finales del 36 y primeros del 37.

Esta «inmensa necesidad de venganza subiendo del fondo de los tiempos» con la que Companys quiere explicar y justificar la persecución religiosa, parece un radical sinsentido si la pensamos, teniendo presente que la persecución se cebó especialmente en aquellas órdenes religiosas cuyos beneficios sociales estaban más ampliamente presentes para el conjunto de la sociedad española: Hermanos maristas 176, Hermanos de la Doctrina Cristiana 165, Hermanos de San Juan de Dios 97, escolapios 204... pero estas palabras cobrarán una especial relevancia si las reechemos a la luz de la afirmación de Ramon Llull: «Si Dios no existe, el bien es odiable». En un pueblo que estaba conformado desde lo más profundo de su ser por la fe cristiana, el ataque a su fe, en la medida que penetra en el pensamiento y en la vida, es generador de odio anticristiano contra los que predicaban la «mentira» de la fe, y este odio se dirige de forma especial contra aquellos cuya bondad, sacrificio y generosidad son más ampliamente reconocidos.

Se podrían multiplicar los testimonios contemporáneos a los hechos, justificando la barbarie antirreligiosa, lo que prueba que la persecución religiosa no fue obra de un grupo de incontrolados, como muchas veces se ha presentado, sino la puesta en práctica de un propósito explícitamente anticristiano. Así lo expresó el poeta francés Paul Claudel:

«Para comprender bien la naturaleza de la revolu-

ción española no hay que considerarla como una tentativa de construcción social encaminada a sustituir un orden por otro, como en Rusia, sino como una empresa preparada muy de antemano y dirigida ante todo contra la Iglesia. Se trata de una anarquía dirigida. En efecto, no es posible concebir sin una consigna y una organización metódica que hayan podido ser incendiadas todas las iglesias sin excepción en la zona roja, todos los objetos religiosos minuciosamente buscados y destruidos y la casi totalidad de prelados, religiosos y religiosas asesinados con refinamiento de crueldad infinita, acosados en todas partes como bestias feroces».

Como decíamos al principio refiriéndonos a las palabras de Pío XI, la persecución es fuente no sólo de dolor sino también de consuelo y alegría al ver el grandioso testimonio de fe, que refleja la vitalidad y fecundidad de la Iglesia en España, que dio, en aquellas terribles circunstancias, tantos frutos de heroísmo y santidad. Más de 7000 mártires, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, en la actualidad más de doscientos proclamados beatos durante el Pontificado de Juan Pablo II, y mucho millares más también de seglares que murieron dando testimonio de su fe, de los que dos ya han sido elevados a los altares: Vicente Vilar y el recientemente beatificado Pelé. Esperamos que este libro que presentamos ayude eficazmente a que crezca el número de beatos mártires para bien de toda la Iglesia y de un modo especial para bien de la Compañía de Jesús.

El libro de Adro Xavier pretende que estos 118 jesuitas que dieron su vida en testimonio de la fe cristiana no sigan silenciados justamente en un momento en que tantas órdenes religiosas han tenido el gran gozo de ver cómo muchos de sus hijos han sido beatificados. Y cuando no hace mucho también ha sido beatificado el jesuita mexicano padre Pro, asesinado al grito de ¡Viva Cristo Rey!, discípulo de algunos de los futuros mártires jesuitas españoles, y modelo imitado por muchos de ellos.

Para comprender mejor la importancia de los mártires de la Compañía de Jesús, es necesario hacer hincapié en las circunstancias peculiares en que se encontraba la Compañía al iniciarse la persecución religiosa. El año 36 la Compañía de Jesús no existía oficialmente en España; por decreto de enero del año 32 había sido expulsada y, por tanto, no tenía existencia legal. De hecho, la realidad era muy distinta. En el momento de la expulsión había en España unos 3800 jesuitas y como consecuencia de la expulsión casi la mitad fueron al extranjero, especialmente todos los que estaban en período de formación, con sus profesores, hermanos coadjutores que los cuidaban y también todos aquellos que por su edad no podían en la nueva situación permanecer en España. Una vez iniciada la guerra del 36, quedaron en zona republicana aproximadamente unos mil, de los cuales murieron

118. Si tenemos en cuenta la dispersión en que se encontraba la Compañía, sin noviciados, sin colegios y sin poder formar comunidades numerosas, ni tener sus propias casas, nos explicaremos el porqué en algunas provincias apenas hubo mártires. La distribución geográfica fue la siguiente: Barcelona 25, Valencia 20, Madrid 18, Málaga 8, Santander 8, Tortosa 5, Ciudad Real 4, Tarragona 4, Gandía 4, Alicante 3, Gijón 3, Toledo 3, Gerona 3, Almería 3, Mieres 2, Manresa 2, Guadalajara 1, Murcia 1, Badajoz 1. Es de señalar cómo en estas especiales circunstancias respecto a otras comunidades religiosas, la Compañía de Jesús ocupa el sexto puesto por número de religiosos martirizados entre los 42 institutos religiosos que tuvieron mártires entre sus miembros en este período. Un dato particular en el que pone especial énfasis el libro es el referente a la Provincia jesuítica de Aragón, que en aquel momento comprendía Aragón, Mallorca, Cataluña y Valencia. Consta documentalmente que tenía en aquel entonces 114 sacerdotes, 63 hermanos coadjutores y 5 estudiantes; total, 182; de ellos, 150 en Barcelona. Por ser el mes de julio, como era costumbre, algunos estaban de ejercicios espirituales en otros lugares; por tanto, quedaban unos 140; pues bien, de los 140 fueron martirizado 65, lo que representa uno de los más altos porcentajes de mártires entre todos los grupos de sacerdotes y religiosos de las distintas diócesis y provincias. Tan sólo las diócesis de Barbastro, Segorbe, Lérida y Tortosa tienen porcentajes semejantes entre su clero secular. En Barbastro, de 140 sacerdotes que había en la diócesis en julio de 1936 murieron 122; en Segorbe, de 110, 61; en Lérida, de 410, 270; y en Tortosa, de 510, 316. Globalmente y en proporción, las órdenes religiosas masculinas fueron las más afectadas: de un total aproximado de 13.000 miembros, murieron 2365, mientras que en el clero secular del total de unos 34.000 sacerdotes murieron 4184. Valgan todas estas cifras, además de reafirmarnos en el hecho del intento de borrar de forma sistemática la presencia de la Iglesia, la importancia del hecho martirial en la Compañía de Jesús.

Pasemos a subrayar algunos aspectos, reflejados en el libro con gran precisión, de la vida de la Compañía durante aquel período. En el relato de la vida de los mártires jesuitas, no sólo impresiona el don de fortaleza que tuvieron en el momento de entregar su vida, sacrificados en odio a la fe y a la Iglesia, sino también cómo se prepararon para este momento solemne que todos ellos presentían. Tuvieron un vivo deseo de que Dios los escogiera como mártires y hasta que no llegaba el momento llevaban una intensa labor pastoral en las difíciles circunstancias de la guerra. Estimulados por su celo sacerdotal y movidos por su heroico amor a los fieles, procuraron que pudieran gozar del consuelo y ayuda espiritual de los sacramentos: cómo exponían su vida para

que la gente pudiera confesarse, recibir la comunión, el santo viático, la extremaunción; incluso hubo casos de celebración del sacramento del matrimonio. También llama la atención la caridad fraterna que existía entre ellos. Muchos hermanos coadjutores que dieron su vida, porque se sentían obligados a no dejar sus obligaciones de cuidar material y físicamente a los Padres, especialmente de los jesuitas de más edad. Mientras que los superiores continuaban sintiéndose responsables de los miembros de sus comunidades, exponiendo su vida, no dudaban en acudir a los mismos centros y prisiones en que estaban recluidos los miembros de su comunidad, tan sólo para consolarlos o intentar, normalmente sin éxito, liberarlos de aquella situación. Qué vivo estaba en todos ellos el deseo de ir al pronto cielo, así se hacía manifiesto en las conversaciones mantenidas en la intimidad y en las actitudes de la vida de cada día. Esperanza y deseo que se manifestó más plena y gozosamente en los momentos cercanos a su muerte. No era infrecuente que mientras tomaban las precauciones debidas y aconsejadas por los superiores para ocultarse y pasar desapercibidos, continuaran en la clandestinidad con su labor sacerdotal con la esperanza de poder dar su vida en testimonio de su amor a Dios y los hombres. Esperaban el martirio como una gracia muy especial, de la que no se consideraban dignos. Para terminar esta breve caracterización de los jesuitas en los momentos de persecución es de notar el espíritu de reparación que impregnaba su vida. Estaban profundamente convencidos de que su entrega martirial era un acto de reparación con el que estaban contribuyendo de la forma más eficaz a que terminara aquella guerra fratricida y se iniciara una nueva época de la historia en que Cristo reinara en los corazones, en las familias y en todos los pueblos de España.

Con el propósito de animarles a la lectura del libro de Adro Xavier resumimos las peripecias que vivieron algunos jesuitas, tres jesuitas, en los días anteriores a su muerte.

El padre Arbona es uno de los casos más ejemplares. Natural de Mallorca, el 18 de Julio estaba en Barcelona dispuesto a ir a dar un retiro a los Hermanos Maristas. Dadas las circunstancias, decidió quedarse para continuar su labor sacerdotal con los más necesitados de ella. Tenía 74 años. Con el fin de pasar desapercibido, iba vestido como un mendigo, le conocían algunos como «el hombre del saco». Andaba con frecuencia por la plaza de Cataluña y allí un grupo de seminaristas, que se habían disfrazado de boy scouts, plantaron una tienda de campaña con la excusa de prestar ayuda a quien la necesitase; en realidad, era un confesionario; en medio de las vendas, guardaban las formas consagradas, había semanas que había dado más de 500 comuniones. En muchas ocasiones las mismas sillas de la Ramblas eran utilizadas

para atender a los que se querían confesar. Barcelona se convirtió en una moderna catacumba no subterránea sino esparcida por toda la ciudad. En uno de los registros por la calle le encuentran en el bolsillo las formas consagradas y declara su condición de sacerdote y jesuita; llevado a la checa de San Elías, al cabo de muy pocos días fue asesinado.

Un ejemplo de ofrecimiento y reparación es el del padre Ferreres. Estando en la cárcel gravemente enfermo le preguntan:

—Padre, ¿sufre mucho?

—Pues sí, mucho; pero es poco para ofrecerlo al Señor para que salve a España... Que mucho le necesitamos, que hemos de poner nuestro grano para que vuelva a reinar desde el Cerro de los Ángeles...

El padre Noguera, un místico, desde 1935 vicedirector de la Congregación de jóvenes de Barcelona. El 18 de Julio estaba en Manresa haciendo sus ejercicios anuales y el 21, vestido aún con su sotana de jesuita, atravesó la ciudad de Manresa y se fue a casa de sus familiares. Allí le propocionaron ropas de trabajador y le acompañaron a coger el tren hacia Barcelona. Durante el trayecto en su viaje le detuvieron cinco veces, le cachearon a lo bruto, pero, como el mismo comentaba, milagrosamente no le hicieron quitar la boina; se hubiesen dado cuenta de que llevaba la tonsura recién hecha; le habían revisado la cartera y no se habían dado cuenta de la foto en que iba vestido de sacerdote. Estaba convencido de que el año 36 no le iba a pasar nada; así se lo había manifestado confidencialmente a su hermana, naturalmente preocupada por la seguridad de su hermano, debido especialmente a lo que consideraba faltas de prudencia al atender a su ministerio sacerdotal. Al padre Noguera, Dios le había dado a sentir, con toda claridad durante el noviciado, que iba a morir el año 37. A principios de agosto del 36 le llegó la noticia de que podían celebrar misa sin ornamentos y desde aquel día la celebró diariamente. En cierta ocasión, ante las circunstancias de la guerra manifestó: «... hombre, morir en un bombardeo, pues sí, lo sentiría. En cambio, morir al grito de ¡viva Cristo Rey! sería el colmo de mi felicidad». Cuando llegó el mes de febrero del 37 avisó a su madre, que vivía angustiada por la suerte de su hijo, que se preparase porque él iba a morir en aquel mes. «Alegre esa cara; va ser madre de un mártir». Así fue: el 7 de febrero, un registro de las milicias; buscan a un jesuita del que enseñan la foto. Dirigiéndose a los milicianos les respondió: «Soy yo». Se lo llevaron a checa de San Elías y en la noche de 13 al 14 del mismo mes, sacan de la checa 33 hombres y según noticias de un policía que presenció su ejecución, había muerto al grito de ¡viva Cristo Rey! Se había rea-

lizado lo que Dios le había hecho sentir desde los días del noviciado.

El padre Bognúña trabajaba en las Congregaciones marianas, y en su boletín *Áncora* escribía un artículo con el título «Pax Cristi»: «Bien venga la guerra si ha de curarnos. No venga jamás la paz sobre nosotros si no es la paz de Cristo». Había sido discípulo del padre Pro y, movido por los mismos ideales, en una homilía de una primera misa de un amigo suyo había terminado deseando para el misacantando coronar su vida sacerdotal de la misma manera que el padre Pro: derramando su vida a la voz de ¡viva Cristo Rey! El 14 de agosto, refugiado en Gerona, era encontrado y fusilado junto con otros dos jesuitas.

Terminamos recordando que Adro Xavier ha hecho con este libro lo que Juan Pablo II recomienda en la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*:

«Las persecuciones a creyentes —sacerdotes, religiosos y laicos— han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo. Es un testimonio que no hay que olvidar. En nuestro siglo han vuelto los mártires con frecuencia desconocidos, casi *militi ignoti* de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios. Es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio.

La sangre de los mártires es semilla de cristianos, con su ejemplo de fe, de esperanza, de caridad, y una llamada a poner la confianza en Dios. Muchos de los que dieron su vida en testimonio de su fe, lo habían deseado y se prepararon para ello, pero hubo también casos en los que la misericordia de Dios se manifestó en ellos. Sacerdotes abandonados en su vida sacerdotal, invitados a apostatar, antes de traicionar su fe, prefirieron morir. Con toda seguridad, el ejemplo y la oración de sus hermanos mártires les alentó, llegando a ser como ellos también mártires, a pesar de su indignidad.

Confiamos que el libro de Adro Xavier contribuya a que el ejemplo de los mártires esté más presente entre nosotros y de un modo especial en la Compañía de Jesús. De este modo los ideales de aquellos santos continuarán inspirando la vida de la Compañía.

Esperamos también que el libro contribuya a que un día sean elevados a los altares con todos los miles de mártires de la persecución del 36 al 39. Es la gran riqueza de la Iglesia en España; su ejemplo, su intercesión en el cielo es garantía de nuestra esperanza. Desde el cielo hoy pueden mucho más que todos aquellos que desorientan a las generaciones presentes. Su amor por todos hará que la Compañía de Jesús pueda dar en el futuro frutos de gracia y santidad.

LA CATALUÑA QUE PELEA CONTRA EUROPA

Francisco Canals Vidal

Con este artículo, nuestro colaborador Francisco Canals Vidal contribuyó al homenaje que la Universidad Complutense dedicó al profesor Elías de Tejada con la obra colectiva Francisco Elías de Tejada. Figura y pensamiento, Madrid, Universidad Complutense. Facultad de Derecho, 1995, pp. 95-101.

El profesor Elías de Tejada, al concluir la primera parte de sus estudios sobre el pensamiento político catalán, titulada *La Cataluña clásica (987-1479)*, anunciaba sus ulteriores estudios que proyectaba con la expresión, tan característica de su pensamiento y de sus juicios valorativos: «Lo que van a ser los doscientos cincuenta años siguientes: la Cataluña que pelea contra Europa».¹

En su intención y en el contexto de su pensamiento «Europa» no era una expresión geográfica. Tampoco lo es evidentemente para los «europeístas» catalanes; y así la tesis formulada expresa muy adecuadamente la afirmación de que Cataluña, fiel a su plenitud conseguida en el mundo de la Cristiandad, se enfrentó durante la Edad Moderna a todo cuanto obró la ruptura del mundo cristiano.

Han sido estos ideales y actitudes políticas antropocéntricas los que han sido valorados positivamente, como «europeos», por todos los que han sentido hostilidad y desprecio por la unidad cristiana y por la tradición católica hispánica. Son estos ideales los que han inspirado la secularización antropocéntrica y antiteística en que se ha ejercitado la apostasía del mundo occidental.

Si alguien pensase que la tesis histórica que formuló Elías de Tejada es expresión de un deseo y opción «tradicionalista», pero que carece de referencia real a la vida histórica de Cataluña, se revelaría como desconocedor de la misma e incluso vuelto de espaldas a la consideración del real proceso de la vida catalana durante los siglos modernos.

Digamos enseguida que la constatación de la perseverante fuerza que el espíritu tradicional y «antimoderno», «antieuropeo», heredado de los siglos de Cristiandad, ha mantenido en Cataluña, ha llevado precisamente, también desde valoraciones ideológicas antitéticas a las que

profesaba él mismo, a juicios que vienen dar la razón a la tesis del profesor Elías de Tejada.

Vicens Vives, historiador empeñado en el análisis social y económico, y hostil a la pervivencia de la historiografía romántica del anterior nacionalismo catalán, ha coincidido con las más radicales afirmaciones «extrinsecistas» que respecto del catalanismo habían formulado los catalanistas de raíz «federalista» y de inspiración filosófica laicista y secularizadora. Vicens Vives afirmó que, en su maduración en torno a los últimos años del pasado siglo y el comienzo del presente, el catalanismo fue «el reencuentro de Cataluña con Europa después de cuatro siglos de ausencia».²

Rovira i Virgili había propugnado la tesis del origen extrínseco o centrípeto del catalanismo cultural y político, hasta el punto de propugnar el total olvido de las guerras carlistas, a la vez que veía a éstas en continuidad con los alzamientos de 1640, 1705 y con la guerra antijacobina, la *Guerra Gran* de 1793-1795.³

En conexión con este extrinsecismo, los historiadores catalanistas de signo izquierdista y antitradicional descalifican sin más, como testimonio de una Cataluña sin alma y sin vida, nada menos que la tenaz resistencia que los catalanes, con los otros españoles, habían opuesto a la dominación francesa napoleónica.

Resulta sorprendente que guerras que tuvieron el carácter de algo asumido por la práctica unanimidad del pueblo catalán, con profundo arraigo popular y rural, y ejercidas a través de la vida gremial característica del tejido social catalán durante siglos, fuesen calificadas como signo de que Cataluña estaba muerta como pueblo.

El nacionalismo es al amor patrio lo que es un egocentrismo desordenado en lo afectivo, y pretendidamente autojustificado por una falsa filosofía, a aquel recto amor

1. Francisco Elías de Tejada, *Historia del pensamiento político catalán*, tomo I: *La Cataluña clásica (987-1479)*, Sevilla, Ediciones Montejuarra, 1963, p. 431.

2. Véase mi artículo «Sugerencias sobre la Tradición catalana», en *Cristiandad*, año 23, núm. 425, pp. 146 a 168 (7-VIII-1966).

3. A. Rovira i Virgili, *Història dels moviments nacionalistes*. Serie III, Barcelona, 1914, p. 191.

de sí mismo que se presupone incluso en el deseo de felicidad y en la esperanza teologal por la que nos orientamos a la bienaventuranza sobrenatural. Pero el amor propio desordenado puede llevar, como afirmó san Agustín, a la rebeldía y al odio contra Dios.

El nacionalismo, amor desordenado y soberbio de la «nación», que se apoya con frecuencia en una proyección ficticia de su vida y de su historia, tiende a suplantarse la tradición religiosa auténtica, y sustituirla por una mentalidad que conduce por su propio dinamismo a una «idolatría» inmanentista, contradictoria intrínsecamente con la aceptación de la trascendencia divina y del sentido y orientación sobrenatural de la vida cristiana.

La filosofía nacionalista se nutre de fuentes surgidas en el idealismo alemán, y ejerce su influencia máximamente por medio de las deletéreas confusiones en que se mueve, a modo de sublimación del resentimiento, el romanticismo en todas sus dimensiones.

Desde este idealismo y sentimentalismo romántico, la historia real de los pueblos es encubierta y suplantada por perspectivas que imponen la nebulosa abstracción de un falso «deber ser», a la realidad de los hechos y a los principios del derecho natural cristiano.

Para Rovira y Virgili, y para Ferran Soldevila, la «Cataluña nacional» que se habían forjado desde sus presupuestos filosóficos, «debía ser» revolucionaria y, desde luego, antiespañola.⁴

No podían reconocer la auténtica «nacionalidad catalana» en guerras contrarrevolucionarias, realizadas en unión con todos los pueblos españoles, y abiertamente ejercidas al servicio del orden cristiano tradicional.

Pero la mayor tragedia de la Cataluña deformada en su conciencia histórica por el catalanismo, no se ha dado por influencia de quienes han propugnado un catalanismo abiertamente extrínsecista y revolucionario, sino que se ha ejercido trágicamente, a partir del sedicente «regionalismo», «modernista» o «noucentista», en los propios ambientes herederos, familiares y culturales, de la Cataluña tradicional.

Los catalanistas «federalistas» y filosóficamente descristianizadores se orientaban políticamente a reclutar para el catalanismo al izquierdismo catalán de antecedentes federalistas o republicanos. Los sedicentes «regionalistas» —con táctica exotérica— pero teóricos también del nacionalismo catalán, buscaron, incluso con pretextos de un falso y aparente «tradicionalismo» en algunos casos, reclutar para el catalanismo político a los descendientes de las familias carlistas.

4. Esta comprensión característica de la historiografía nacionalista de orientación revolucionaria inspira también la *Història de Catalunya*, de Ferran Soldevila. Véase especialmente el volumen III (Barcelona, 1935).

Entre estos catalanistas, vistos generalmente como «conservadores», profunda y explícitamente liberales, se ha producido la mixtificación de más deletéreos resultados para la desintegración de la auténtica Tradición catalana.

Fue esta cultura catalanista «conservadora» la que, a través de aquellas nebulosas y confusiones del «resentimiento» romántico, entregaba a los herederos de la tradición a la política de los enemigos liberales de la misma, y la que trataba de buscar pretextos en el pasado de Cataluña, para ofrecerlos a aquellos sectores «conservadores» y aun sedicentes «derechistas».

De ahí que en nuestro siglo —dejando de lado la inicial mitificación decimonónica de los hombres del alzamiento catalán antiborbónico, consumado en una gloriosa tragedia del 11 de septiembre de 1714—, se haya tendido a desprestigiar la Cataluña del siglo XVIII, y los ideales y sentimientos «medievales», por los que lucharon los catalanes en aquella guerra heroica.

Ya el propio Prat de la Riba, a pesar de pretender relacionar el despertar moderno de Cataluña con el movimiento de los catalanes en las Cortes de 1701, había proclamado la conveniencia de no imitar a «los que presidieron la decadencia de Cataluña».⁵

Esta sutil y ocultamente despectiva valoración de los héroes de 1705-1714, inició una serie de revisiones de la historia catalana por las que se ha tratado de forjar una nueva conciencia «nacional» para Cataluña.

Los esfuerzos de quienes han buscado el origen de la cultura moderna del catalanismo en las tareas culturales realizadas en la Universidad de Cervera, hogar del reformismo borbónico preilustrado, o en la llamada generación ilustrada formada por eclesiásticos regalistas y jansenizantes, se revelan inconsistentes ante un análisis atento de la vida cultural de Cataluña en el siglo XVIII.⁶

Tales esfuerzos sirven al intento de que Cataluña olvide, como siglos de muerte cultural, a todos los que durante la Edad Moderna estuvieron llenos de gloriosas figuras en las que se mantenía perseverante el pensa-

5. Prat de la Riba escribió esto en las páginas de *La Veu de Catalunya*, siendo todavía reciente la creación como diario de esta publicación que sería el órgano de la política «regionalista». Las palabras de Prat de la Riba fueron escritas en 1901.

6. La revisión de la historia de Cataluña orientada a buscar en la Universidad de Cervera el punto de partida cultural de la Cataluña moderna fue iniciada por Ignasi Casanovas, S.I., en sus estudios sobre Finestres (Biblioteca Balmes, Barcelona, 1931) y sobre Balmes (Editorial Balmes, Barcelona, 1932). Continuó esta línea entre otros Miquel Batllori, S.I. La búsqueda de la modernidad catalana en la generación eclesiástica ilustrada y jansenizante ha sido obra principalmente de Joan Bonet i Baltà, cuya inspiración han seguido otros historiadores como Ramon Corts i Blay, estudio de la figura de Félix Amat (Barcelona, Herder, 1992).

miento escolástico y la concepción del mundo que había inspirado la formación del pueblo catalán en la Edad Media.

De este modo, el nacionalismo catalán, actualmente hegemónico en la vida política, ha podido llevar a su culminación el encubrimiento prácticamente total de todo lo que, desde fines de la Edad Media hasta nuestros días, manifiesta la perseverante continuidad de la Cataluña tradicional. Atrevámonos a ejemplificar concretamente algunos de estos olvidos intencionados e instrumentados al servicio de la creación artificial de aquella nueva conciencia:

El protagonismo de los catalanes en la cruzada de Lepanto; la pervivencia en Cataluña de aquel espíritu de cruzada que los llevó a estar presentes en las guerras contra los turcos, desde los tiempos del emperador Carlos V —lo que es evocado por el historiador austriacista Narciso Feliu de la Penya en sus *Anales de Cataluña*— hasta las batallas que liberaron a Viena y a Budapest en 1683 y 1686.

La acción de defensa del Pontificado frente al galicanismo, ejercida por el insigne dominico fray Juan Tomás de Rocabertí; la universal influencia en favor de la doctrina de santo Tomás que obró en el siglo XVIII el dominico barcelonés fray Juan Tomás de Boixadors.⁷

El espíritu tradicional e hispánico de los catalanes enfrentados a la dinastía borbónica en la guerra de Sucesión; la popularidad de la guerra antijacobina y antinapoleónica; la tenacidad antiliberal realizada en la guerra de la regencia de Urgel, en la guerra de los agraviados, y en las guerras carlistas; la abundante y gloriosa pléyade de apologistas y polemistas contrarrevolucionarios que van desde el obispo Strauch, pasando por Vicente Pou y Jaime Balmes, hasta el autor de *El liberalismo es pecado*.

El hecho cultural, grandioso y oculto, de que fuese mossén Cinto Verdaguer el cantor de la hispanidad en su conquista evangelizadora, glorificador de *Isabel, la de Castella, la Reina de les Reines que hi ha hagut*, el poeta por el que no se frustró en la artificiosidad de las imitaciones, pretendidamente medievalizantes, del romanticismo francés y castellano, la obra literaria de la generación de los «Juegos florales».

Sirva este esbozo de enumeración para apoyar la afirmación de que el catalanismo está empujando siempre a

7. Véase sobre el cardenal Rocabertí el discurso de Torras i Bages *En Rocabertí i en Bossuet*, pronunciado en 8 de mayo de 1898 en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, precisamente hablando por primera vez en lengua catalana en esta institución. Sobre el cardenal Boixadors véase el estudio de Joan Tusquets *El Cardenal Joan Tomás de Boixadors i la seva influència en el Renaixement del tomisme (Anuari de la Societat Catalana de Filologia)*, Barcelona, 1, 1993).

los catalanes a avergonzarse de lo que han sido, y a ocultar todo aquello que en su historia no resulta coherente con la «*Catalunya de paper*» que Torras i Bages denunciaba como forjada por la falsa filosofía que lo ha nutrido.

De este modo el catalanismo se ha ejercido en dirección antitética a la Tradición catalana, tal como la definió aquel venerable obispo, que definió admirablemente a España como «conjunto de pueblos unidos por la divina providencia».⁸ Deseando arrinconar este reconocimiento de España, y el dinamismo secular de la tradición hispánica de Cataluña, los intelectuales manipuladores de nuestra conciencia colectiva adulan a nuestro pueblo con el extraño argumento de presentarlo como una excepcional avanzada, en lo que llaman el Estado español, de la «Europa moderna».

Esta tendencia ha culminado en la reciente pretensión de presentar la «identidad» de Cataluña, y su «hecho diferencial», en la perspectiva prácticamente exclusiva de las evoluciones económico-sociales por las que surgió en Cataluña una clase burguesa de estilo «europeo», por una transformación —posibilitada por el comercio con América— de su artesanía a una industria textil; en tiempos en que todavía en otros pueblos españoles se mantenía una sociedad predominantemente agraria.

Se ejercita aquí también una de las deformaciones ideológicas de la filosofía nacionalista, que condiciona el análisis sociológico, hasta el punto de que estamos ante el intento de definir la identidad de un pueblo por una clase social.

El propio Vicens Vives había dicho que Cataluña era «*poble de pagesos*»; y uno de los tópicos comunes a los *noucentistes* y a los «modernistas» fue el de combatir el «ruralismo» y «pairalismo» de la literatura del catalanismo decimonónico.

Si recordamos también los hechos sociales que se presuponen en *l'Auca del senyor Esteve*, que quiso ser una sátira y vino a resultar una glorificación de la pequeña menestralía de los *botiguers*, esta nueva definición de la esencia del pueblo catalán desde la hegemonía de la clase burguesa nos podría parecer sorprendente y contradictoria.

Pero es sociológicamente explicable esta evolución que ha conducido al catalanismo orientado a encontrar su arraigo electoral en la que llaman «Cataluña profunda», a una definición que, aspirando a moverse en el

8. Esta precisa afirmación, por completo opuesta a cualquier concepción «nacionalista» de la Historia, la escribió Torras i Bages siendo ya obispo de Vic y en el prólogo de la segunda edición de *La tradició catalana* (Torras i Bages, *Obres completes*, vol. VI, pág. 14. Biblioteca Balmes, Barcelona, 1935).

«esencialismo» idealista, ha venido a caracterizar a Cataluña desde la burguesía surgida en la Revolución industrial.

La paradoja viene a mostrarse en su coherencia, si no olvidamos la génesis romántica del sentimiento y del movimiento cultural catalanista. El romanticismo, en efecto, que en Cataluña tuvo su prolongación a través de la *Renaixença*,⁹ no será nunca comprendido en sus rasgos complejos y aparentemente contradictorios, si no se advierte en él una actitud que fue sólo posibilitada por el ascenso de las clases burguesas, y por las aspiraciones que acompañaron aquel ascenso.¹⁰

Toda la cultura romántica podría ser comprendida como un conjunto de gestos reveladores de una como «sublimación» del resentimiento contra el antiguo orden de la sociedad tradicional, aristocrática, estamental y, en lo referente al tejido social agrario y de la artesanía «menestrada» de las ciudades, con una vida arraigada en las tradiciones familiares, y vertebrada en sus actividades económicas, en la estabilidad de las *cases pairals* o en el ritmo ordenado de lo gremial.

El reconocimiento, asumido conscientemente, y proclamado con complaciente autosatisfacción, de la originación romántica del catalanismo, fue común a izquierdistas extrinsecistas y a sedicentes «intrinsecistas», teorizadores idealistas del nacionalismo «esencial».

Todos ellos, por cierto, y en todas las direcciones del abanico ideológico que va desde el federalismo hegeliano de Valentí Almirall asumido por Rovira i Virgili, al conservadurismo sedicente tradicional y «balmesiano» de Ignasi Casanovas, y al entusiasmo «ilustrado» de Joan Bonet i Baltà, admiten sin dificultad que fue la previa castellanización lingüística de las clases cultas barcelonesas lo que hizo posible la apertura a la modernidad europea de la que surgiría la conciencia y la voluntad de ser que dicen caracterizar el contemporáneo nacionalismo.¹¹

9. He estudiado esta continuidad entre la generación romántica catalana y el movimiento literario y cultural de la llamada *Renaixença* en el artículo «Catalanismo y tradición catalana» (*Cristiandad*, Barcelona, 1961, núm. 362, pp. 86-90).

10. Véase Eugenio Vegas Latapié, *Romanticismo y Democracia* (Santander, 1938); Charles Maurras, *Romanticisme et Révolution* (Versalles, 1928) y también en mi estudio *Cristianismo y Revolución* (Speiro, S.A., Madrid, 1986, 2ª edición, cap. VI sobre «El Romanticismo en la génesis del catolicismo liberal»).

11. La tesis según la cual el reformismo cultural preilustrado o ilustrado que fue efecto en Cataluña del reinado de la dinastía borbónica, y que se ejerció expresamente en la asimilación de las clases cultas catalanas a la lengua castellana —impuesta en los tribunales y en las aulas por la política de Carlos III— se encuentra expresamente afirmada en el prólogo de Joan Bonet i Baltà a la obra de Francesc Tort Mitjans, *El Obispo de Barcelona Josep*

A modo de argumentación *ad hominem*, habría que atreverse a decir que, desde la doctrina predominante en el nacionalismo catalán, que pone la lengua como carácter esencial de la Nación, y teniendo en cuenta la afirmación de Prat de la Riba, para el cual cambiando a un hombre su lengua se le habrá cambiado su alma, los nacionalistas vienen a reconocer, como sus precursores originarios, a movimientos surgidos entre catalanes a los que les había sido cambiada el alma por el reformismo borbónico e ilustrado.

Este afrancesamiento les preparó para la contaminación del liberalismo de importación francesa, que les asimiló, con instrumentos lingüísticos castellanos, a la España europeizada del siglo XVIII y del «jacobinismo» de liberalismo centralista español.

En esto vienen a reconocer todos el origen extrínseco y *botifler*, por decirlo con la expresión popular con que los catalanes motejaron, en los años del alzamiento catalán antiborbónico de 1705-1714, los grupos minoritarios que no compartieron la «pelea contra Europa» que se ejercía en aquella guerra antiabsolutista, que fue precedente, remoto pero inconfundible, de la larga lucha catalana contra el Estado moderno ilustrado y liberal de importación afrancesada.¹²

Nadie dudaría en el plano de una psicología y ética que se ocupase de la vida personal, individual, de un hombre, que no es nunca el «autenticismo» garantía de autenticidad y de sinceridad. Incluso es fácilmente perceptible el riesgo de que una vida centrada como en su ideal y fin en la realización de lo que es propio e individual del «yo», conduce fácilmente a una situación enfermiza de narcisismo obsesivo.

«Traición es, mas como mía», hace decir Zorrilla a don Juan Tenorio. Este «solipsismo» proclamado, que se realiza muchas veces también en el ámbito de la vanidad colectiva de las familias, tiene su analogía, teorizada por doctrinas sobre la superior «substancialidad» del «espíritu del pueblo», en las actitudes y sentimientos que trata

Clement i Avinent (Barcelona, 1978, pp. XV-XVII). También en el estudio de Hilari Ragner incluido en *Contribució a la Història de l'Església catalana. Homenatge a Mossèn Joan Bonet i Baltà* (Abadía de Montserrat, 1993, en las pp. 183 y 184).

12. Es un hecho siempre silenciado por los historiadores, especialmente en la medida de su orientación catalanista, que Cataluña es, de todos los pueblos europeos, aquel que más reiteradamente se ha alzado en guerras de arraigo popular contra el Estado liberal: la *Guerra Gran* de 1793-1795; la guerra de la independencia antinapoleónica de 1808-1814; la guerra anticonstitucionalista de la Regencia de Urgel durante el Trienio liberal de 1820-1823; la guerra antiafrancesada de los *agraviats* en 1827; la «primera» guerra carlista; la de los *matiners* de 1846-1849; y la «segunda» guerra carlista de 1872-1875.

de imponer a un pueblo la política cultural nacionalista. El nacionalismo corre así el riesgo de convertirse en una enfermedad mental colectiva.

El propio Prat de la Riba, personalmente hombre religioso y de profesión práctica católica, formuló en *La nacionalitat catalana* aquella desorientadora doctrina según la cual una Cataluña «nacional» sería siempre «catalana», aunque pudiese ser católica o librepensadora, liberal o socialista, centralista y descentralizadora. Mi maestro el padre Orlandis expresaba su tristeza e indignación por el deformador ideal expresado en las palabras del doctrinario del nacionalismo conservador.

El idealismo romántico que inspira al nacionalismo relativiza y subordina al mito metafísico de la nacionalidad todos los bienes humanos, naturales y sobrenaturales. De esta manera el pretexto de creación del «país», de construcción de la nación, resulta prácticamente desintegrador de la vida familiar, desorientador del pensamiento como aprehensión de la realidad, encubridor de la memoria histórica, y estímulo hacia la desorientación de la misma doctrina de la fe católica y de la teología.

Efecto de aquella relativización es la vigencia práctica del tópico de la transigencia y el diálogo, que debilita toda fidelidad y toda exigencia de coherencia puesta en práctica de convicciones asumidas como algo querido por sí mismo, y en definitiva ordenado al bien mismo del hombre y de la sociedad.

Los efectos que en la cultura catalana contemporánea, y en la misma vida religiosa de Cataluña, ha tenido la mentalidad nacionalista, que mi maestro el padre Orlandis decía que «ha castrado a Cataluña», no son accidentales a las actitudes que inspiran al nacionalismo catalán.

La deformación obrada en el plano cultural y «pastoral» ha llegado a ser tan profunda que en los sectores intelectuales católicos del nacionalismo se llega a dar por supuesto que toda actitud de fidelidad al magisterio de la Iglesia, a las enseñanzas pontificias, y a las tradiciones de la «Iglesia institucional», sólo se explica en Cataluña por la contaminación de un falso «españolismo».

La fructificación corrompida de estas corrientes ha sido descrita por Pau López y Castellote notando que «en estos momentos, entre nosotros, hay un modo de presentar a Jesucristo que deja su divinidad en una angustiosa ambigüedad. La Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, en su declaración de 1972 *Mysterium*

fidei, expresa exactamente lo que se nos está diciendo en las aulas y en los libros de texto de religión. Dice así: es opuesta a la fe católica la afirmación según la cual la humanidad de Jesucristo existiría en sí misma como una persona humana, y como asumida en la persona eterna del Hijo de Dios, y que el misterio de Jesucristo consistiría en que Dios, revelándose en forma suprema, estaría presente en la persona humana de Jesús. Los que así piensan permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo».¹³

Advirtamos que el prestigioso escritor y pedagogo, recientemente fallecido, afirma expresamente que estos errores contrarios a la fe y denunciados por la Santa Sede, son predominantes «en las aulas» y en los «textos», es decir, en la enseñanza teológica y en la formación catequética y religiosa que se va tratando imponer de hoy en Cataluña.

Tengo la convicción de que se da una continuidad entre esta profunda desviación teológica y las deformaciones «nacionalistas» de la conciencia histórica catalana contemporánea. En mi opinión, no faltan desgraciadamente algunos núcleos, dirigentes de nuestra vida cultural y espiritual, para los que los pretextos nacionalistas son asumidos al servicio de una corriente de enfrentamiento a la doctrina católica y a la autoridad pontificia, tan profundamente arraigada durante siglos en la vida del pueblo cristiano de Cataluña. El sedicente «nacionalismo» es instrumento de lo que podríamos definir como «antipapismo».

No son de extrañar, en este contexto, los olvidos y desconocimientos que antes hemos intentado sugerir. Toda la historia, que patentiza en los siglos modernos «la Cataluña que pelea contra Europa», está entre nosotros totalmente silenciada; o es presentada en formas unilaterales, encubridoras del sentido profundo de los acontecimientos.

Es siempre tarea urgente mantener viva y presente «La Tradición catalana», que proclamó Torras i Bages y que tan asiduamente estudió el profesor Francisco Elías de Tejada. Por las razones mencionadas, la reconquista para Cataluña de la autenticidad de su conciencia histórica se ha convertido ahora también en un servicio urgente a la defensa de la fe católica en su vigencia en la vida familiar, cultural y política.

13. Pau López y Castellote, *Humanisme cristià* (Barcelona, 1987, p. 55).

LA ACTUALIDAD POLÍTICA

Jorge Soley Climent

HONG KONG: CHINA CRECE A COSTA DE GRAN BRETAÑA

El mundo entero ha seguido con atención la vuelta de Hong Kong a China, efectiva a partir del pasado 30 de junio. Gran Bretaña, en un gesto que pone de manifiesto el declive de la autoridad de Occidente y la inexistencia de un orden internacional fuera del imperio de la fuerza, ha preferido abandonar la última colonia de su legendario imperio en el Lejano Oriente antes que arriesgarse a un enfrentamiento con el gigante chino. Como ha puesto de relieve la prensa internacional, es la primera vez, desde el Tratado de Yalta, que una potencia occidental entrega un territorio de manera voluntaria a un país comunista, en lo que constituye un reflejo del final de la guerra fría y de la pujanza asiática, con China asumiendo cada vez más un papel central.

La historia del Hong Kong británico empieza hace 156 años, cuando la derrota china en la Guerra del Opio (1840-42) llevó a la firma del Tratado de Nankín, en el que Hong Kong era entregado a perpetuidad a Gran Bretaña. Posteriormente, en 1858, la península de Kowloon, enfrente de la isla de Hong Kong, era anexionada, al tiempo que China ampliaba su donación con la isla de Stonecutters. La colonia quedaría definitivamente conformada en 1898 con la cesión de los llamados Nuevos Territorios por 99 años, que es el plazo que ahora prescribe. Esa «roca yerma sin apenas casas» en palabras de Lord Palmerston se convertiría en el puerto de entrada comercial a China y, en la segunda mitad de nuestro siglo, en uno de los centros productivos y financieros de mayor importancia. Como ejemplo baste recordar unos pocos datos de su posición económica en el mundo: octava potencia comercial, país con más reservas extranjeras y séptima Bolsa en volumen de operaciones.

El futuro que espera a Hong Kong es una incógnita; con un marco legal difuso y a expensas de las decisiones del gobierno chino, su mayor seguro es su prosperidad económica, que tanto necesita China. El modelo de «un país, dos sistemas» ideado por Deng Xiaoping (una nueva muestra de la heterodoxia del comunismo chino) puede conducir la situación hacia varios escenarios, si bien parece lógica una cierta convergencia: o bien un Hong Kong al estilo comunista o bien lo que ya han bautizado como la «hongkonización» de China. También es incierto el futuro de los 237.000 católicos que viven en Hong

Kong y que forman una comunidad en expansión: algo más de 4000 bautismos al año, de los que la mitad son de adultos. La Iglesia posee además 327 centros educativos, atendiendo a un 22 % de la población en edad escolar, y 6 hospitales. La situación en la que quedarán los 318 sacerdotes y las 576 religiosas de la ex-colonia será vital para poder ayudar a la perseguida Iglesia en China.

En cualquier caso, lo que sí parece evidente es que China va asumiendo una importancia capital en los sucesos que se desarrollan en Asia y en el mundo. La recuperación de Macao el año que viene deja en el horizonte una asignatura pendiente: Taiwan. De la evolución de la república Popular China y, muy en especial, del resultado del experimento practicado en Hong Kong, dependerán las posibilidades reales de conseguir la reunificación total de China.

Junto a la consolidación de China como potencia de primer orden, la entrega de Hong Kong supone el punto final en el largo proceso de declive y desaparición del Imperio británico. John Casey, profesor de la Universidad de Cambridge, escribía en *The Daily Telegraph* que «con la pérdida de Hong Kong se cierra nuestra última ventana al mundo»: el fin del Imperio y de la influencia global del Reino Unido, muy debilitada a lo largo de nuestro siglo, se ha consumado. El que fuera el imperio mercantil por antonomasia ha mantenido a su «joya» comercial y financiera hasta el final, pero ese final ya tiene fecha: 30 de junio de 1997.

ISRAEL: SE AGUDIZAN LAS TENSIONES

La situación de Israel ha estado en el primer plano de la política internacional casi de forma ininterrumpida durante el siglo que estamos viendo terminar. A las puertas del tercer milenio los conflictos y tensiones que se desarrollan en la tierra de Jesús continúan centrando el interés del mundo y muy especialmente de los cristianos, que contemplamos los sucesos que marcan la vida de Israel desde la perspectiva de nuestra fe y nuestras esperanzas. Tras un periodo marcado por lo que se ha dado en llamar «proceso de paz», siempre frágil e inestable, basado en el principio del intercambio de tierras y soberanía por paz, la llegada al poder, hace ahora un año, de Netanyahu ha supuesto un viraje en la política israelí. Este cambio se ha puesto en evidencia principalmente en

aquellas cuestiones referidas al estatuto de Jerusalén. No es casualidad que la tensión haya estallado con motivo de dos hechos, la construcción del túnel de los hasmoneos y la edificación de una nueva colonia judía sobre la colina de Har Homa, cuyo trasfondo es el control sobre la ciudad santa. En declaraciones a *La Vanguardia*, Carles Benarroch explicitaba la posición sionista sobre este aspecto al afirmar que, por encima de la paz, siempre deseable, se debía salvaguardar el hecho de que Jerusalén siempre será una ciudad judía de derecho. De esta forma queda descartado cualquier *status* especial, como el reclamado insistentemente por parte de la Iglesia, así como la división de la ciudad bajo dos soberanías, como pretenden los árabes palestinos.

Ante la intensificación de la tensión y la reanudación de los actos terroristas, la política del gobierno de Netanyahu está consistiendo en la ralentización, cuando no congelación, en la entrega de nuevos territorios a la Autoridad palestina, junto con el bloqueo de los territorios actualmente gestionados por Yasser Arafat, agravando las condiciones de vida de sus habitantes.

Junto a este panorama global de la situación en Israel, hemos asistido recientemente a dos sucesos de gran importancia. Nos referimos, en primer lugar, a la visita del Papa al Líbano, país que ha jugado el papel de escenario en el que se ha desarrollado gran parte del conflicto que ha enfrentado a Israel con los palestinos árabes y los sirios en los últimos años. Desbordando todo pronóstico, más de medio millón de personas se lanzaron a la calle el pasado 10 de mayo en Beirut para dar la bienvenida a Juan Pablo II en su primera visita a Oriente Próximo. Esta visita, en la que el Santo Padre ha instado a la reconciliación entre cristianos y musulmanes, ha puesto en evidencia las dificultades que para alcanzar la paz suponen tanto la ocupación israelí de la zona sur del Líbano (la Bekaa occidental y el Golán) como las injerencias de Siria. La actitud del Papa ante esta situación fue clara: aludiendo a las presencias extranjeras en el país, afirmó que *“el pueblo libanés debe vivir en paz en un territorio reconocido y respetado por todos”*.

En segundo lugar, nos llega la noticia de la propuesta de ley presentada en el parlamento israelí por el partido religioso Degel Hatorah (Judaísmo unido de la Torah) y por el diputado del Partido Laborista, Nissim Zvilli, que castigaría con un año de cárcel a quien «escriba, imprima, copie, importe o distribuya material religioso con fines proselitistas». El proyecto de ley se dirige casi exclusivamente contra los cristianos y llega a contemplar la posesión del Nuevo Testamento como uno de los actos merecedores de la pena citada. La virulencia de este proyecto de lo que ya se ha dado en llamar ley «antimisionera», pone de manifiesto que la conversión al cristianismo entre los judíos no es un hecho del pasado. Al

contrario, tal y como explica el padre Juan Manuel Martín, S.I., del Instituto Pontificio Bíblico de Jerusalén, *«el problema es que aquí hay muchos cristianos escondidos, que tienen miedo a que les señalen con el dedo porque pueden echarles del trabajo. Hasta hace cinco años, la ciudad de Ashdod, al norte de Gaza, estaba habitada sólo por judíos. Hoy en día hay muchos cristianos escondidos. Si la Iglesia quisiera edificar allí una parroquia para atenderles, el Gobierno israelí no le daría el permiso»*. De poco sirven las leyes de los hombres cuando pretenden poner barreras a la acción de Dios, a su misericordia para con el pueblo judío, cuando, como dice san Pablo, son *amadísimos por causa de sus padres, pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables*.

EL LAICISMO TURCO EN JUEGO

La influencia geopolítica de Turquía ha aumentado considerablemente con el fin del imperio soviético. Las ex-repúblicas soviéticas de mayoría musulmana miran hacia Turquía, con quien tienen en común un pasado otomano, una sintonía cultural y religiosa, y el anhelo de constituir en el futuro un gran Turquestán. Pero Turquía está pasando por una de las crisis más importantes desde su fundación a partir de las ruinas del Imperio otomano, en 1923, por Mustafá Kemal Atatürk, sobre la base de una ideología nacionalista y laicista de clara inspiración occidental. Desde entonces Turquía ha vivido un proceso de aproximación a Occidente que explica, por ejemplo, su integración en la estructura de la OTAN.

Durante este periodo ha sido el Ejército quien se ha constituido en garante del laicismo «kemalístico», para lo que no ha dudado en utilizar la fuerza, por última vez en 1980. Pero los años noventa han asistido al nacimiento del islamismo, representado políticamente por el Partido del Bienestar del hasta ahora primer ministro Erbakan. Las divisiones en el centroderecha prooccidental han llevado a la creación de un gobierno de coalición contranatura entre los islamistas y una de las escisiones del centroderecha, el Partido de la Recta Vía, liderado por la también ex primera ministra Tansu Çiller, educada en los Estados Unidos.

Tras diez meses de vida, el gobierno ha chocado con el Consejo Nacional de Seguridad, el órgano más importante del Ejército, que ha exigido 18 medidas encaminadas a frenar lo que consideran una peligrosa islamización de la vida social. Entre ellas destaca el aumento en tres años de la escolaridad obligatoriamente laica, lo que pospondría el ingreso en las escuelas coránicas opcionales. Además, se exige la aplicación de la prohibición sobre la indumentaria tradicional islámica, la limitación de los

medios de comunicación islamistas y restricciones sobre las órdenes musulmanas de carácter secreto. Estas medidas se han combinado con las purgas de militares de tendencias islamistas, que han alcanzado a 119 oficiales, en lo que se considera la «operación limpieza» de mayor envergadura en los últimos años. Este pulso ha originado la dimisión de varios ministros conservadores, uno de los cuales ha expresado de forma clara y concisa la disyuntiva frente a la que se encuentra su país al afirmar que «*Turquía se ha convertido en un país que no sabe donde va internacionalmente. Tiene que elegir entre Oriente y Occidente*». Estas dimisiones han forzado la caída del gobierno de coalición y el posterior encargo de formar nuevo gobierno a Mesut Yilmaz, líder del también occidentalista Partido de la Madre Patria y enemigo personal de Tansu Çiller. El nuevo gobierno cuenta con el apoyo de los diputados pro-Çiller que han desertado del Partido de la Justa Vía a causa de su política de coaliciones. El laicismo juega fuerte en Turquía para preservar los «*valores fundamentales de la República*», en palabras de Yilmaz, pero para los islamistas aún queda una oportunidad para recuperar una posición dominante: las elecciones previstas para el próximo año.

NUEVAS PERSECUCIONES EN CHINA

En medio de los fastos de la recuperación de Hong Kong nos llega la noticia de que, el pasado mes de marzo, la Policía china saqueó la vivienda del obispo católico Joseph Fan Zhongliang en Shangai, según ha revela-

do la Fundación Cardenal Kung de Pekín. Los policías se llevaron biblias, misales, catecismos, breviarios, medallas, rosarios, así como 20.000 yuanes (2500 dólares) de los fondos de la diócesis clandestina regida por Fan. El obispo, jesuita, ha pasado 20 años de su vida en la cárcel y en campos de trabajos forzados por negarse a pertenecer a la Iglesia Nacional Patriótica, controlada por el régimen comunista.

PORTUGAL RECHAZA EL ABORTO

Una buena noticia, sin duda, es el resultado de la votación efectuada en el Parlamento portugués que rechaza, por un voto de diferencia, el proyecto de ley para liberalizar el aborto. La ley, que contemplaba el aborto hasta las doce semanas de gestación, fue propuesta por diputados de la juventud socialista, pero el primer ministro y secretario general del Partido Socialista, Antonio Guterres, se mostró públicamente en contra de la misma y consiguió que una docena de diputados socialistas votaran en contra de la misma. Este enfrentamiento interno ha abierto una lucha en el seno de los socialistas lusos, algunos de cuyos líderes históricos recordaron a Guterres que el suyo es un partido «socialista, laico y republicano».

Sea cual sea el desenlace de esta crisis, se ha conseguido frenar momentáneamente una nueva agresión sobre seres humanos inocentes, al tiempo que se ha evidenciado la precariedad en que se encuentra el derecho a la vida en las democracias occidentales, siempre pendiente de los diversos equilibrios parlamentarios.

Memoria de Mons. Guerra Campos

Don José fue un hombre que supo amar, un sacerdote que amaba entrañablemente al Santo Padre, hasta tal extremo que no encuentro palabras que mejor puedan resumir su vida que las siguientes: «Don José, un hombre del Papa».

Al calor del amor —amor a la Sagrada Eucaristía, amor filial y tierno a la Santísima Virgen, amor sumiso al Santo Padre— se ha ido configurando su ministerio episcopal entre nosotros.

Mientras santa Catalina de Siena, mística y Doctora de la Iglesia, con afectos de hija y abrasada en amor a Cristo, llamaba al Papa «il dolce Cristo in Terra», el dulce Cristo en la tierra, mi señor obispo Don José, con varonil e inquebrantable piedad filial escribía, con todas las gotas de su sangre amantísima, la palabra más hermosa: «Fidelidad enamorada al Santo Padre». Fidelidad que con-

tinúa reflejada en sus largas y elaboradas homilias registradas y en sus innumerables escritos.

Con su fallecimiento, queda el recuerdo de este obispo entrañable y atento, humano y bueno, fidelísimo a su conciencia moral, abierto a cuantas vocaciones llamaran a su puerta, alma enteramente sacerdotal, que se hacía querer, al cual era imposible dejar de querer ni siquiera por un instante, padre al cual se quería con toda el alma.

Don José ha muerto, pero miles de semillas por todo el universo siguen amando al Señor, a la Virgen y al Santo Padre con su mismo corazón. ¡Es el fruto de su amor!

Sí, Don José ha sido un gran obispo, un gran sabio, un hombre de Dios, cuya muerte lloramos sus abligidos hijos.

José M^a Montiu de Nuix,
profesor del Seminario menor de Cuenca

Estadísticas de muerte

Nos honramos en reproducir, del Full dominical del 13 de julio, la «Carta dominical» de nuestro Arzobispo. Con ello queremos contribuir a difundir, más allá de los límites de la diócesis de Barcelona, esta valiente denuncia.

He leído en el «Butlletí Epidemiològic de Catalunya» las cifras y estudios de abortos «legales» en Cataluña en 1995. Sólo la muerte de un inocente es espantosa. Pero la cifra de 1995 no tiene adjetivos para quien tenga alguna sensibilidad. Se realizaron 11.362 abortos. Repetidas veces se les aplica el eufemismo de «interrupción voluntaria del embarazo».

Como pastor de la Iglesia de Barcelona, me duele que 8036 abortos sean de mujeres residentes en comarcas de la diócesis.

Con razón esta mortandad ocupa las primeras páginas del Boletín Epidemiológico, pues cualquier otra epidemia no es nada al lado de ésta.

Pensando en el futuro de la población de Cataluña, conviene no olvidar que, según esos mismos datos, la proporción más alta de abortos por los nacidos vivos se da en el Barcelonés: 24 abortos por 100 nacidos. La de toda Cataluña es de 17,22, mayor que la de España, que es de 13,10 por 100 nacidos.

No es ninguna honra para nuestra ciudad que el 99,2% de abortos de Cataluña se hayan realizado en ella. Es más positivo saber que sólo el 2,8% se han realizado en centros hospitalarios públicos o privados. El 97,2%, se ha realizado en 9 centros extrahospitalarios privados, que andarán muy atareados, puesto que el número anual supone 31 abortos todos los días.

El «método de intervención» —otro eufemismo para designar una acción tan definitiva para matar— ha sido en 10.563 abortos el de «aspiración». El Dr. Nathanson, que antes de su conversión realizó millares de abortos y dirigió la mayor clínica abortista de los Estados Unidos, dice que lo que hacían «acababa como un mantoncito de carne picada en una bolsa de gasas».

Esa carne nunca llegará a tener unos ojos de niño que miran admirados la vida y sonrientes el rostro de los padres; ni una existencia capaz de hacer dichosos a otros por sus acciones nobles; ni se le permite llegar a ser un cuerpecito que salte y ría y corra. No. Porque es un mantoncito de carne picada. ¿Qué valores o qué derechos se espera que respete algún país, cuando el derecho más elemental —la vida— del ser más indefenso e inocente —un niño no nacido— y además el que debía ser el más querido —el propio hijo— no es respetado por un gran número de ciudadanos?

No se puede minar continuamente la moralidad de un país, desde esta legislación del aborto y desde otras, que atacan valores básicos de la persona humana, de la familia o de la convivencia, sin que ello se traduzca en tomas de posición ante otras acciones morales o cívicas, que acaben cuajando en actitudes que hagan difícil la convivencia social y el nivel moral adecuado para una vida que pueda adjetivarse de auténticamente humana. Vivo profundamente el amargo sufrimiento por estas muertes inocentes y siento intensamente el dolor de tantos padres que heroicamente dicen sí a la vida, a unos hijos que otros tendrían razones para eliminarlos, y pido a los padres que descubran el gozo del existir de sus hijos.

Desde estas líneas, que no sé si llegarán a muchas personas alejadas de la voz de la Iglesia, quiero decirles que no teman, que acepten la vida que nace en las entrañas de la madre. Quienes nacerán, un día les mirarán agradecidos.

Ricard-Maria Card. Carles,
arzobispo

Del profeta Amós

En aquellos días, dijo Amasías, sacerdote de Betel, a Amós: «Vidente, vete y refugiate en tierra de Judá: come allí tu pan y profetiza allí. No vuelvas a profetizar en "Casa de Dios", porque es el santuario real, el templo del país».

Respondió Amós: «No soy profeta ni hijo de profeta, sino pastor y cultivador de sicómoros. El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo: "Ve y profetiza a mi pueblo de Israel"».

(Amós, 7,12-15)